

Gastón Baquero y Rafael Díaz-Balart

Sobre racismo y clasismo en Cuba



Selección

Gastón Baquero
y
Rafael Díaz-Balart

Sobre racismo y clasismo en Cuba

Selección

Gastón Baquero
y
Rafael Díaz-Balart

Sobre racismo y clasismo en Cuba

Selección

Neo Club Ediciones
Miami

© Neo Club Ediciones del libro y cada autor de sus textos
Reservados todos los derechos de esta segunda edición (2017)

Edición: Armando Añel

Coordinación general: Idabell Rosales

Imagen de portada: Rafael Díaz-Balart en un mitin en Gibara, Oriente de
Cuba, en octubre de 1958

Este libro forma parte de un proyecto de esclarecimiento histórico. Las regalías y beneficios que provengan de la comercialización de este libro serán invertidos en su distribución gratuita en Cuba y en otros proyectos relacionados.

COLECCIÓN ENSAYO

ediciones@neoclubpress.com

neoclubpress.com

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN:

UN LIBRO IMPRESCINDIBLE 7

PRÓLOGO:

BAQUERO Y DÍAZ-BALART, EN POS
DE LA INTEGRACIÓN RACIAL EN CUBA 11

PRIMERA PARTE RAFAEL DÍAZ –BALART21

LA GRAN MÁCULA 25

LAS CLAVES IGNORADAS
DE LA HISTORIA DE CUBA 31

SEGUNDA PARTE HOMENAJES39

PENSANDO EN GASTÓN BAQUERO 41

GASTÓN BAQUERO, TESTAMENTO
DEL PEZ Y PACTO CON LA SOMBRA 44

LOS OTROS Y LA POLÍTICA
EN LA REPÚBLICA 63

RAFAEL DÍAZ-BALART:
RACISMO, CLASISMO, POLÍTICA,
INTELECTUALIDAD Y FIN DE LA REPÚBLICA. . . 73

UNA OBRA DE AMOR 79

LA TRADICIÓN AUTONOMISTA EN CUBA.	82
EL MONOPOLIO CULTURAL IBÉRICO	88
LAS CLAVES IGNORADAS DEL CASTRISMO	99

INTRODUCCIÓN: UN LIBRO IMPRESCINDIBLE

Armando Añel

La presente selección de ensayos y artículos, centrados en el problema clave del racismo y el clasismo, gira alrededor de dos personalidades fundamentales en la historia de Cuba: Rafael Díaz-Balart y Gastón Baquero. El hecho de que se conmemorara el centenario del nacimiento de este último en el año 2014 sirvió como motivación adicional para dar a la imprenta la primera edición de este libro, que además de citas de los autores homenajeados contenía reflexiones de Lincoln Díaz-Balart, César Jesús Menéndez, Juan F. Benemelis, Armando de Armas, Orlando Fondevila y este servidor. Esta segunda edición, con los ajustes que son del caso, sigue el hilo de la primera.

De cualquier manera, la intención no por obvia nos parece menos necesaria: Denunciar y situar en el centro del debate sociopolítico la cuestión medular del racismo y el clasismo, elementos que se cuentan entre los principales causantes del desastre sufrido por Cuba a partir de 1959, y que llega hasta nuestros días.

Desde este presupuesto, el libro está dividido en dos partes complementarias. En la primera, toma la palabra Rafael Díaz-Balart con fragmentos extraídos de su autobiografía *Cuba: Intrahistoria. Una lucha sin tregua*. En la segunda parte se rinde homenaje a Díaz-Balart y Gastón Baquero, a los que unió la amistad tanto en Cuba como en el exilio, a través de los textos de los autores arriba mencionados. En este sentido, cabe especificar que el ensayo de César Jesús Menéndez, fundamentalmente enfocado en la figura del célebre líder sindicalista azucarero Jesús Menéndez (su abuelo), ejemplifica a la perfección al político honesto, proactivo, al que en su momento aludiera Baquero en el prólogo *Rafael Díaz-Balart o la vocación política*.

Es preciso acotar que en un ámbito en el que el racismo y el clasismo permean a menudo las relaciones profesionales y sociales, como ha sido el caso cubano antes y después de 1959, Rafael Díaz-Balart destacó siempre por su comportamiento aguerridamente antirracista. Como me contara personalmente el ya fallecido poeta y editor Orlando Fondevila, el antirracismo no era en Rafael una pose, una manera de parecer políticamente correcto, sino un profundo sentimiento, una actitud vital. Delante de él no era posible hacer esos chistes discriminatorios al uso, tan comunes entre cubanos que incluso hasta algunos afro cubanos los repiten ocasionalmente. No solo no se reía con ellos, sino que los cortaba de cuajo.

Gastón Baquero y Rafael Díaz-Balart. Sobre racismo y clasismo en Cuba constituye un libro imprescindible para las nuevas generaciones de cubanos que han crecido en una Isla

donde impera la censura más feroz y abarcadora, o incluso lejos de ella. Esta selección apunta al corazón del problema cubano, latente bajo el camuflaje con que la retórica y la desinformación totalitarias, más los prejuicios heredados del sistema de castas de la metrópoli española, han pretendido ocultarlo o relativizarlo. Es preciso reconocer las causas del problema, debatirlas en alta voz, para darle solución al problema, y eso lo tenían muy claro los dos grandes hombres que homenaja este libro.

PRÓLOGO: BAQUERO Y DÍAZ-BALART, EN POS DE LA INTEGRACIÓN RACIAL EN CUBA

Juan F. Benemelis

La historia de los últimos siglos está plagada de persecuciones y humillaciones que fueron llevadas a cabo en contra de humanos considerados diferentes: judíos, gitanos, africanos, minorías étnicas, nacionales o religiosas. El racismo es el lado oscuro de la Ilustración y luego del positivismo, por tanto, es una ideología de la modernidad, un estereotipo cultural consecuencia de la biologización de las teorías sociológicas a partir de ciertos rasgos externos visibles que han sido “sistematizados” por predisposiciones intelectuales.

En vez de considerar como complementarias las diferencias fenotípicas y culturales, estas se han convertido en principios de estratificación asimétrica para mantener el dominio y el clasismo.

En el libro que presentamos, Gastón Baquero y Rafael Díaz-Balart abordan de manera general aquellas creencias que han argumentado la desigualdad y la discriminación en Cuba.

En especial los discursos racistas que establecieron una supuesta lógica por la cual existen las razas superiores y las inferiores.

Como se desprende del ensayo de Baquero, en los inicios de la colonia se estableció el racismo contra la supuesta “raza de los “indios”, pero de corte fundamentalmente religioso y cultural, al enarbolarse que su inferioridad provenía del desconocimiento de la religión católica y, por tanto, pertenecía a un estadio “pre-cristiano” culturalmente bárbaro ante una Europa supuestamente “civilizada”.

Baquero ahonda con certeza en la época colonial esclavista y en cómo los arquetipos ideológicos que la sostuvieron, provenientes de la España racista y antisemítica, se transfirieron a la vida republicana.

La esclavitud se identificó con el negro hasta producir la sinonimia, dándose un giro racial a lo que era un fenómeno económico. La esclavitud no nació del racismo; por el contrario, el racismo fue la consecuencia de la esclavitud y emergió como la ideología de la “plantocracia”.

Existe un colonialismo por debajo de la modernidad capitalista, socialista o marxista y que proviene de “experiencias coloniales” como la esclavitud en las plantaciones del Caribe a partir del siglo XVI, o de las poblaciones indígenas en diversas partes de la América continental, como otras historias similares en Asia y África.

En Baquero tenemos una definición del racismo. Ciertamente, el racismo no es un conjunto de actitudes y prácticas individuales animadas por determinados afectos, ni

solo una “propiedad estructural del sistema” y acción exclusiva de las clases dominantes y del Estado.

Como bien apunta Baquero, el lugar y fecha del nacimiento del racismo como ideología está perfectamente localizado: la Europa del siglo XIX, especialmente en su último tercio, aunque hunda sus raíces casi un siglo atrás. La tropa racista incluye al sueco Karl von Linné, David Hume, Aguste Comte, Wilhelm Hegel, Joseph Arthur, conde de Gobineau, y también a Karl Marx y Frederick Engels. Los llamados clásicos del marxismo, Marx y Engels, nunca ocultaron su apoyo a la raza blanca y su desdén por los negros.

Se ha degradado a los descendientes de africanos, porque fueron esclavizados en tal o cual momento. Si así fuera, ¿cuál sería el pueblo en perfecto grado? Pues nos podemos hundir en el laberinto de la historia y encontraremos la esclavitud en todos los tiempos pasados. La diferencia entre la esclavitud que a destiempo se practicó en Europa, África y el mundo musulmán durante estos tres siglos, y la esclavitud que se desarrolló en las Américas, es precisamente la connotación ideológica de supremacía y distinción entre los seres humanos por el color de la piel y el fenotipo.

El tal orgullo de la “raza caucásica” es real tan solo en la imaginación de sus abogados, pues fue también esclavizada por Atenas, Esparta y Roma, y tenía que llevar en el cuello planchas de metal con la inscripción de su nombre y de su amo.

En Díaz-Balart se construye una definición del racismo más aguda: Si el concepto de raza negra es de índole social y

no biológica, el racismo solo tiene como base a la ignorancia y se manifiesta en estereotipos distorsionados. La racialización resultará así una manipulación de la ideología que establece la diversidad humana. Este racismo, como un modo de gestión de principios de inferioridad y de diferenciación, se manifiesta diferente; ya no echa mano a la noción biológica de la raza, sino que establece una construcción sociocultural adaptada al contexto histórico, en el cual se consolida un sistema de dominio de un grupo que excluye y margina mediante representaciones socio-cognitivas.

La razón fundamental para borrar las especificidades de cada una de las etnias que convivían en las tierras de América era convertir a los africanos en instrumentos de trabajo, en cosas vaciadas de cultura y de historia.

Tanto Baquero como Díaz-Balart se opusieron a la concepción delirante de la pureza de la raza y a la trivialización de los delitos de “odio al diferente” en un Estado democrático, siempre luchando por el deber de actuar ante este problema, atacando a fondo sus raíces.

Al separarse del tradicionalismo político cubano, abrazando el conjunto de la nación, donde lo político resulta un elemento más, ambos van más allá de denunciar los prejuicios y las actitudes, la enmarcación de tal fenómeno como una rémora cultural, que es donde se detiene históricamente el análisis racial en Cuba.

Como se infiere de los planteamientos de Díaz-Balart, ¿por qué se dan jerarquías de privilegios sociales basadas en la

raza, las definiciones étnico-culturales, la discriminación racial, cultural, religiosa, social, entre grupos, etcétera?

Lo único que explica que individuos o comunidades enteras de población puedan ser excluidos de la participación en los procesos políticos ya no por no poseer propiedad o status especial, es que existe una fórmula de categorización que los ubica como una especie de humanidad deficiente y por tanto subordinada.

El elemento del color creó una connotación especial, una especie de psicología enfermiza y demencial en la mente de los descendientes de europeos en el poder. Este racismo cubano basado fundamentalmente en el color de la piel del esclavizado devino en una ideología completa de supuesta superioridad y supremacía permanente que simple y sencillamente tenía como su principal basamento el color de la piel y los rasgos físicos del otro (el negro), que no podía, ni debía, poseer ningún tipo de valor moral, espiritual, cultural, estético o de inteligencia abstracta.

Al igual que las relaciones de géneros, que estructuraron la sociedad cubana dominada por los hombres hasta el presente, las clasificaciones raciales han sido fundamentales en la dinámica política de la modernidad dominada por el descendiente del blanco-europeo, y, pese a no figurar como una filosofía, han sido una oculta teoría “ideal” de base empírica y con fines prácticos.

En sus denuncias a la impunidad existente, en especial Díaz-Balart, los autores homenajeados en este libro apuntan

que el racismo en Cuba está bordeando la política de la criminalidad estatal, ejemplificada en la ley, amparada en una ideología supuestamente de nación, pero que en la práctica niega la dignidad del “no-blanco”.

En Díaz-Balart los problemas políticos, sociales y económicos de Cuba no radican exclusivamente en la diferenciación de clases, o de hegemonía cultural, pues el país contiene el legado de la trata y del colonialismo: la desigualdad en la raza humana.

Al “banalizarse” el problema racial en Cuba, tanto en la República como en el castrismo, se ha dificultado en extremo el hecho democrático. De ahí que no pueda aceptarse, como ya es algo común, la existencia de las calificadas “tribus urbanas”, pues ello reduce la discriminación racial a la banalidad. El efecto estructural (mayoría blanca en el poder) presupone la causa, torna posible su existencia como causa estructural al “reproducirse” sin ampliar la composición, y hace “necesario” el efecto (grupo negro-mulato menos representado), lo hace dominante.

Tanto Baquero como Díaz-Balart consideran que el mundo moderno cubano se conformó a partir del racismo, y por eso le ha sido tan difícil al negro obtener la equidad. El tema de la composición racial de la Isla, así como “el miedo al negro” entronizado por la Revolución de Haití, era la constante en la sociedad cubana durante el siglo XIX, y lo continuó siendo en el XX. La esclavitud del africano, el racismo contra el negro y el mulato, la segregación en la política y la economía, no

fueron aplicados por los euro-cubanos en un vacío teórico, ni fueron resultado de la *real-politik* o de las leyes económicas del momento.

La oligarquía criolla decimonónica y la clase rectora veinteañera tuvieron sus ideólogos destacados y echaron mano a todas las teorías que justificaban la esclavitud y el racismo a partir, supuestamente, de las “ciencias”. Los criollos construyeron el paradigma del mestizaje para lograr el blanqueamiento, algo que Gobineau rechazaba al proponer al mestizo inferior al blanco. Pero no todos concluían lo mismo: gran parte de la clase hegemónica criolla, heredera del pensamiento racial colonial, fue mucho más allá de los beneficios de la mezcla racial al concluir que no podrían compensar la degradación de la raza pura producto del mestizaje.

El llamado “paternalismo benevolente” que históricamente caracterizó la orientación de la comunidad de origen hispano en Cuba hacia la integración racial, usualmente define las dificultades de los negros en términos económicos. Posteriormente esta relación se fue modificando a otras formas de racismo y se reinventaría en estereotipos étnicos, religiosos y clasistas.

Por ello Baquero y Díaz-Balart lucharon por erradicar la Cuba racista y clasista republicana, y con posterioridad, dieron la voz de alarma ante la consolidación institucional del racismo que traía en cartera el régimen castrista. Ya en el exilio, tanto Baquero como Díaz-Balart se rebelaron ante el punto de marginar el área del racismo en los discursos políticos de

la oposición al castrismo. Pues para ambos no era un hecho políticamente irrelevante.

La actitud de Baquero y Díaz-Balart desde el exilio no solo fue política, sino que englobaba mucho más; era la consideración de que el castrismo representaba una atroz distorsión de la nación cubana además de lo político, racial, cultural, social, es decir, que atentaba contra las bases de la nacionalidad. Para ambos, el racismo trascendía las ideologías políticas pues englobaba una estructuración social, acceso a la propiedad, exclusión de valores, subordinación humana.

Al estar basado el castrismo en un sistema racial desigual, reproducirá ese sistema a través de maneras y formas desiguales. No asombra que el régimen, auto-titulado “progresista”, haya considerado las cuestiones raciales como asunto secundario. De ahí que se niegue a alterar la matriz de jerarquía racial y clasista blanco-supremacista. Esta visión lleva de manos al criterio de no considerar la marginación negra por ser pobre, sino que es pobre por considerársele como naturalmente inferior. Pero no es así con el blanco pobre y marginado, el cual siempre tiene más oportunidad de sobrepasar su pobreza, pues el imaginario nacional lo considera apto para su incorporación a la sociedad.

En el caso del castrismo, del socialismo, la desigualdad expresa (y es producto de) una relación de dominación que se funda en un acceso desigual de bienes materiales, y en relaciones políticas asimétricas; este escenario no es temporal ni transitorio, sino que es un estado estructural. El “nosotros” esgrimido por la elite blanca en el poder no solo se apropia de

algo, sino que, además, participa de modo determinante en la conformación de los atributos negativos del “otro”.

La hegemonía del blanco-criollo se transformaría en una causalidad estructural en el socialismo. Reproduce la “arbitrariedad” del racismo político, la reafirmación del “otro” por la desigualdad, inculcando como necesaria y natural esa arbitrariedad, haciéndola percibir como la forma natural. La reproducción implica una participación desigual del negro y del blanco en las altas instancias del poder político y económico, que se refleja en la distribución, el consumo, los niveles de vida.

En cada época, las circunstancias de la historia eligen una nación, una raza, una cultura, una clase, un Titán, y, ¿qué si lo contextualizamos en Cuba? Serían, a grandes saltos de una historia muy extensa, José Antonio Aponte, Carlota, las afro-feministas, Mariana Grajales, Antonio Maceo, Quintín Banderas, el PIC, las Sociedades de Color, Walterio Carbonell, Elvira Cervera, la generación de los sesenta, la de los rastafaris, la del hip-hop, Orlando Zapata Tamayo, y cada uno o cada una con sus respectivas obras, que les exaltan y aventajan para pertenecernos a todos.

Esa es la misión histórica que corresponde en estos tiempos a los marginados y excluidos de la historia: a la Carlota desmembrada por las bestias y por los hombres, y borrada del imaginario, a un Maceo que la historiografía mutila de intelecto y decolora la epidermis, a un valeroso Quintín Banderas, general negro de la independencia, traicionado, tasajeado y afrentado o borrado, a un ensayista como Walterio Carbonell, que nos siguen escamoteando y pretendiendo trastornarle el

espíritu como antes hicieran con su psiquis, a un Zapata que dejaran morir para intentar transfigurar en delincuente común, a todos los que permanecen haciendo y diciendo lo que duele escuchar a tantos oídos mezquinos, cómodos en la confianza de sus antes firmes y resistentes estructuras racializadas.

Y es precisamente donde el discurso de Díaz-Balart cobra fuerza en contra de una cubanía percibida por un solo componente etno-racial, el que continúa detentando el poder y viene viciado de contenido excluyente; pretendiéndose en una dimensión proto-nacional, esta cubanía se convierte en opresora y discriminadora, en intransigente e intolerante, siendo intolerable y asfixiante, auto-limitándose en las posibilidades de enriquecimiento en su encuentro con sus *otros* conciudadanos, y limitando a estos en sus posibilidades de realización y de aporte en todas las oportunidades y perspectivas de desenvolvimiento.

Habría que tener presente que no es con la miseria y marginalidad del negro/mulato, por más que se la acrecienten, que se alterará la balanza de la nación. Esa miseria y marginalidad fabricada por el poder blanco-criollo supremacista ha estado ahí siempre, incluso abrigada la ingenua ilusión de su fin; a esa miseria se le ha permitido permanecer, evidente o agazapada, esperando, para no permitir el equilibrio de la nación, desequilibrándola al tiempo que quienes la impusieron antes y los que la mantienen, sostienen y acrecientan, hablan de *hermanamiento*, de *justicia social*, de *igualdad* y llegan al exceso de afirmar una vocación *igualitarista* en los gobernantes Castro Ruz.

PRIMERA PARTE
RAFAEL DÍAZ –BALART

¿Por qué Cuba, con su siglo de oro en la primera mitad del siglo XIX, con su indiscutible superioridad intelectual y económica sobre casi todos los otros países americanos, no fue independiente sino setenta años después que el resto de América? ¿Por qué fue posible que los comunistas llegaran a apoderarse de un país rico, sin grandes conflictos laborales, sin conflictos agrarios sin inclinación ninguna a vivir bajo un régimen totalitario? ¿Por qué se produjo el Tratado de París? ¿Por qué la Enmienda Platt? ¿Por qué la base de Guantánamo? ¿Por miedo al negro!

Gastón Baquero. *El negro en Cuba*

LA GRAN MÁCULA

Rafael Díaz-Balart

La enseñanza privada en Cuba tenía una gran calidad, aunque al mismo tiempo presentaba un defecto enorme: era racista. La República no debió permitir nunca el racismo en la enseñanza privada; primero, porque constituía una práctica inconstitucional; y segundo, porque nuestra nación era y es una nación mestiza, forjada desde sus cimientos por blancos, negros, chinos y todos sus mestizajes. Era pues una incalificable injusticia que en algunos sectores de la vida de la sociedad, en especial el de la enseñanza privada, tuviera lugar ese despreciable fenómeno que es el racismo.

Hizo mucha falta la legislación complementaria del artículo 20 de la Constitución, el cual prohibía toda manifestación de racismo. Los constituyentistas prescribieron tres legislaturas, a partir de 1940, para que esa ley fuera promulgada por el Congreso. Pero no se llegó a aprobar. Yo mismo, que llegué a ocupar el cargo de líder de la mayoría en la Cámara de Representantes, elaboré un proyecto en ese sentido. No lo presenté. Me disuadieron muchos amigos que temían por las

dificultades que podría traerle al presidente Batista firmar esa ley.

Ciertamente, siempre tuve una gran sensibilidad para estos temas del racismo y del clasismo en la sociedad cubana. Recuerdo, por ejemplo, un discurso que pronuncié en la terraza Norte del Palacio Presidencial el 2 de noviembre de 1953, pocos meses después de los sucesos del Cuartel Moncada. En ese discurso, le dije públicamente al presidente: “Batista, acuérdate que tú naciste en piso de tierra, bajo techo de guano con paredes de yagua. No debes acercarte a los grandes clubes elegantes, debes acercarte cada vez más al pueblo”. Efectivamente, esa fue una gran mácula de la República, el no darle fuerza al artículo 20 de la Constitución de 1940.

En cuanto a la escuela pública, que también era de gran calidad, no había ese problema. En su conjunto la educación en Cuba alcanzó durante la República logros espectaculares que la colocaron entre las primeras en toda América, a pesar de haber accedido nuestro país a la independencia muchos años después que las demás naciones del continente. El índice de alfabetización era el segundo de Latinoamérica, y los profesores y libros de texto gozaban de merecido reconocimiento. La realidad de la educación en Cuba durante el periodo republicano distaba mucho de la leyenda negra que tan bien ha vendido el castrismo a modo de justificación de sus errores y horrores. Y, además, estaban creadas las bases, estructurales y profesionales para que en pocos años se pudieran solucionar favorablemente los puntos negativos de que adolecía. Se hubiera logrado sin

tener que pagar el precio altísimo en ausencia de libertades y desastre económico y social que ha tenido lugar durante el castrato.

Fue en el año 1945 que ingresé en la Universidad de La Habana. En ese mismo año inició igualmente sus estudios universitarios Fidel Castro. Llegué a la Universidad, por supuesto, con la intención de cursar mis estudios de Derecho, pero al mismo tiempo interesado en participar en la vida política universitaria, que por esa época era muy intensa, muy politizada, mejor, muy politiquera, e incluso muy violenta. Algo de lo anterior yo presumía, pero la realidad fue mucho más dura que mis informaciones previas.

Al arribar yo a la Universidad de La Habana, pensaba que me iba a encontrar una gran simpatía por el ex-presidente Batista, quien en 1944 había entregado el poder al líder de la oposición, el Dr. Ramón Grau San Martín, marchándose de inmediato al exilio. Y es que ya en el mismo instante en que se efectuó el traspaso de poderes, al abandonar el Palacio Presidencial, los partidarios de Grau intentaron atacar físicamente a Batista y a sus seguidores. Esta realidad suele obviarse por los historiadores y los analistas. Y es que si es cierto que Grau alcanzó la presidencia de forma absolutamente democrática, y por lo tanto tenía la legitimidad de origen, sin embargo, al perseguir desde el primer momento a la oposición y obligar al exilio al líder de

la misma, no cumplía con el otro requisito imprescindible de la democracia, que es la legitimidad de ejercicio.

Dadas estas circunstancias yo pensaba que me iba a encontrar una clara simpatía por el expresidente. Sin embargo, para mi sorpresa me encontré con todo lo contrario. Aquella Universidad, que era por ese entonces la única del país, era singularmente clasista y racista. Se respiraba en ella un odio visceral por Batista, a quien muchos calificaban, en lo que creían su insulto mayor, como “un negro de mierda”. Yo, que tenía 19 años de edad y que no conocía personalmente a Batista ni había tenido relación alguna con él, comencé a defenderlo en la Universidad. Con gran riesgo personal me hice batistiano, *in pectore*. Además de las razones que ya he expuesto, en mis consideraciones tenía un gran peso el hecho de que en ese momento Batista era reconocido en toda Latinoamérica como un gran demócrata, como el hombre que se había negado a tratar con Perón y con Trujillo por ser estos unos dictadores; el hombre que había escrito *Sombras de América*, un libro en el que sin cortapisas denunciaba a las dictaduras y defendía la democracia. Esto fue en 1945; no sería hasta 1948, al regreso de mi auto-exilio, como explicaré próximamente, que conocí a Batista, que también retornaba del suyo.

Fragmentos tomados de la biografía Cuba: Intrahistoria. Una lucha sin tregua

El negro cubano es totalmente cubano, por sentimientos, por cultura, por lealtad a la historia, por propia voluntad. Pero no estaba, no está, integrado de manera sólida y aceptada sin reparos en la sociedad cubana. Tiene sus raíces en Cuba, es una de las raíces de Cuba, pero no está fundido, está apartado, aislado en el torreón de su piel, solo en la prisión de la raza. Las excepciones, rarísimas por demás, no cuentan. Había y hay en Cuba dos clases de ciudadano: uno de primera, los blancos; y otro de segunda, los negros. Y donde existe un desequilibrio de tal naturaleza, una incomunicación tan grave entre hermanos, no puede haber, no hay, solidaridad nacional, no hay unidad interna de los elementos que al fusionarse y compactarse producen ese prodigio de prodigios que es una nación recia y bien plantada. Lo endeble de la estructura nacional cubana —ahora se ha visto de manera clarísima cuántos supuestos de vigor y de salud no respondían a la realidad— hizo posible el desmoronamiento veloz de la República.

Gastón Baquero. *El negro en Cuba*

LAS CLAVES IGNORADAS DE LA HISTORIA DE CUBA

Rafael Díaz-Balart

En agosto de 1933 fue derrocado el gobierno de Gerardo Machado y se produjo la conocida “mediación” norteamericana, dirigida por Sumner Welles, sustentada en la entonces vigente Enmienda Platt. Eso ocurrió el 12 de agosto y los días siguientes. Pero fue a partir del 4 de septiembre que irrumpieron en la escena política las fuerzas que pudiéramos llamar verdaderamente revolucionarias. Se derrocó al Gobierno de la Mediación que presidía Carlos Manuel de Céspedes, hijo del Padre de la Patria, y que era un ilustre diplomático de carrera. El Directorio Estudiantil, con sus líderes, entre ellos el profesor Ramón Grau San Martín, Carlos Prío Socarrás, Tony Varona y Antonio Guiteras, este último procedente de la Joven Cuba, apoyados por el movimiento de clases y soldados que encabezaba un sargento de apellido Batista, pusieron fin al Gobierno de la Mediación impuesto por Sumner Welles y asumió en su lugar el poder el Gobierno de la Pentarquía. El 10 de septiembre, ante la evidente inoperatividad de la Pentarquía, esta se disolvió y dio paso a la presidencia de Grau, nombrado

por todos los otros miembros del Gobierno y con el respaldo de Batista, que había sido nombrado Coronel Jefe del Ejército. El Ejército hasta ese momento contaba con una oficialidad de mucho prestigio, pero sustentada en un rancio clasismo. El jefe era Julio Sanguily y Echarte, quien formaba parte de la alta burguesía, debido a que su padre y su tío habían sido de los pocos oficiales del Ejército Mambí con una gran “relevancia social”.

Batista fue nombrado Coronel Jefe del Ejército ante la rebeldía de la alta oficialidad, que se negaba a negociar con el Gobierno porque se sentía respaldada por Sumner Welles y por los acorazados norteamericanos que se hallaban anclados en la Bahía de La Habana. Finalmente las tropas leales al Gobierno y a Batista rodearon el Hotel Nacional, en el que se habían refugiado los oficiales al amparo de Sumner Welles, y consiguieron su rendición. Y fue en ese momento, con Grau presidente y con Batista como Coronel Jefe de las Fuerzas Armadas, que se instauró propiamente un Gobierno Revolucionario. Gran parte de la sociedad se quedó atónita. Los nuevos y extraños nombres que comenzaban a aparecer en las portadas de los periódicos indicaban que algo profundo estaba ocurriendo. Fulgencio, Ruperto, Eleuterio, Ulsiseno eran nombres que indicaban una procedencia humilde y campesina. Y lo más desconcertante para muchos, el líder, además de tener un origen humilde, era mulato.

Esto provocaría una reacción incitada por factores que resultarían graves para el destino político de la nación: el clasismo y el racismo, que abierta o veladamente nos acompañarían

hasta hoy mismo. Por cierto que alrededor de la historiografía de estos hechos se produce una gran injusticia histórica. Me refero a los muy mencionados decretos firmados por Grau-Guiteras, dirigidos a responder a reivindicaciones de carácter popular. En verdad fueron medidas rechazadas por amplios sectores de la sociedad y que únicamente fueron posibles por el apoyo que recibieron del poder militar liderado por Batista. Lo justo sería llamarles decretos Grau- Guiteras- Batista. Tanto es así que cuando pasaron los cien días de Gobierno de Grau-Guiteras, destituido por Batista y el Directorio Estudiantil al dividirse las fuerzas revolucionarias en enero de 1934, no solo no se derogó ni uno de estos decretos, sino que muchos de ellos que tenían una clara connotación social fueron perfeccionados. A pesar, repito, de la presión en contra por poderosos sectores de la sociedad.

Fidel Castro convocó una huelga general en abril de 1958, huelga que resultó en un espectacular fracaso para la oposición, ya que los sindicatos obreros y las masas de trabajadores en general no le prestaron apoyo alguno. Prácticamente nadie fue a la huelga. Es curioso señalar que hubo un sector, uno solo, de la clase obrera que, aunque parcialmente, respaldó la huelga, y ese fue el sector de los bancarios, es decir, los trabajadores “de cuello blanco” que trabajaban en los bancos y que obviamente representaban al sector socialmente más “alto” del obrerismo cubano. Creo que este hecho es otra evidencia de las raíces

clasisistas (como también racistas) que constituyen realmente las claves ignoradas de nuestra historia nacional.

La situación antes de ese mes de enero de 1959 no era como se refleja en tantos libros y publicaciones, es decir, la de un dictador aferrado al poder sin intenciones de marcharse y un libertador que asumía el nuevo poder; Batista había anunciado que se iba de Cuba el 24 de febrero. Por otro lado, el expediente de Fidel Castro desde las aulas universitarias era conocido lo suficientemente en Cuba, tanto como para que las clases dirigentes en los distintos sectores del país no se hubieran unido a la explosión de emociones a favor de un líder que desde su adolescencia había participado en actos de naturaleza gangsteril.

No existe una explicación razonable para aquellas demostraciones ilimitadas de adhesión y entusiasmo a favor del dirigente del “26 de Julio”, hasta que se escarba solamente un poco la epidermis de la situación y se hace presente el factor racista y el factor clasista. El hijo de un gallego, blanco y alto, había derrocado a un mulato de las más humildes capas sociales de la nación. La frase que corría por los “clubes elegantes” en los últimos tiempos del régimen de Batista, dice mucho: “Que se vaya el negro, aunque venga el caos”. El racismo y el clasismo son las grandes claves ignoradas de nuestra historia.

En efecto, si estudiáramos los antecedentes históricos en la creación y consolidación de nuestra nacionalidad, veríamos

que la victoria del heroico pueblo haitiano a principios del siglo XIX, el primer pueblo en América Latina en obtener su libertad, incidió con enorme importancia en el proceso de nuestra independencia nacional. Por ejemplo, nada menos que el libertador Simón Bolívar, que estuvo contemplando ayudar a la libertad de Cuba, escribió una carta al General Santander en 1826, en la que le dijo que no llevaría a cabo la invasión de Cuba porque “la libertad de Cuba puede esperar; nos basta con un Haití en el Caribe”. Igualmente muchos miembros de la oligarquía criolla cubana se asustaron con la perspectiva de una liberación cubana que fuera dominada por los cubanos de la raza negra y mestiza. El Partido Autonomista cubano, fundado después del “Pacto de Zanjón” (1878) pero con raíces muy anteriores, también manejó el tema racial. Todo ello dio como resultado que los mambises, que no fueron mayoría, sin embargo procedieron en gran parte de las clases más humildes cubanas, que, al mismo tiempo, estaban formadas en proporción notable por hombres y mujeres de la raza negra y mulata. Pero, al llegar la República en 1902, el primer gabinete de Tomás Estrada Palma estuvo formado en gran parte por líderes autonomistas, reciclados como independentistas. En efecto, del gabinete de Estrada Palma formaron parte destacados líderes autonomistas, como por ejemplo, Leopoldo Cancio, Diego Tamayo, que fue miembro de la Constituyente en 1901 y Ministro de Gobernación, así como también Emilio Terry y Carlos De Zaldo, Ministros de Agricultura y de Relaciones Exteriores y Justicia, respectivamente. Así como Eduardo Yero y Carlos

Fonts Sterling, que fue Vicepresidente de la Primera Cámara de Representantes de la República; también José del Cueto, que ocupó la Presidencia del Tribunal Supremo, mientras que el líder autonomista Rafael Montoro fue el primer Embajador de Cuba en Londres, y en 1908 candidato a Vicepresidente de la República con el General Menocal. Montoro fue también Ministro de la Presidencia cuando Menocal fue elegido posteriormente Presidente de la República. También Ricardo Dolz, quien fue Vicepresidente del Senado y Consejero de Estrada Palma, y redactor del Estatuto Electoral tras la caída del Presidente Machado.

Es importante hacer notar que, paralelamente, en el Gobierno de Estrada Palma al principio de la República, al glorioso general mambí Quintín Banderas, el único General que sirvió a la patria en cuatro guerras por nuestra independencia (1851, 1868, 1879 y 1895) se le ofreció un cargo de barrendero de las calles de La Habana (“capataz de la basura”), y más tarde fue asesinado, después de haber salvado la vida en cientos de combates en la manigua redentora. Como escribió el biógrafo de Quintín Banderas, Tomas Savignon, en el año 1948, en *Quintín Banderas, el mambí sacrificado y escarnecido*, “para el mambí valiente e invulnerable al hierro del español y al plomo del guerrillero, solo hay en Cuba libre hierros y plomos fraticidas que destrozan su carne y le arrancan la vida”. El problema racista y clasista se hace evidente desde el comienzo de la República, a pesar de haber sido ignorado por la historiografía cubana hasta hoy.

El Partido Autonomista fue siempre pro-español, querían algunas “dádivas” de la metrópoli, pero siempre bajo la soberanía española. De ahí se deriva, por ejemplo, esa frase cursi, o como se dice en cubano, picúa, de “ la Madre Patria”, porque España es un país fraternal, pero obviamente ni es, ni puede ser ni madre, que solamente hay una, ni patria, que solamente hay una. Es curioso que a nadie se le haya ocurrido, de igual manera, llamarle “Madre Patria” a, digamos, Nigeria, de donde también vinieron muchos de nuestros antepasados. Estos problemas, siempre silenciados, no me cansaré de insistir, se hallan en la base histórica de nuestros males como nación. Los heroicos mambises, los soldados de filas que gestaron nuestra independencia, fueron ignorados, marginados y ninguneados en la República, al tiempo que aquella élite, aquellos prohombres del Autonomismo que tan encarnizadamente se opusieron a la independencia, unidos a los españoles, dueños unos y otros de las riquezas de la nación, continuaron siendo los ricos, dueños de la economía y protegidos por el perverso “Tratado de París” de 1898. Fue a través de la política que los mambises y sus descendientes, la abrumadora mayoría de ellos totalmente descapitalizados y pobres, pudieron comenzar a adquirir influencia dentro de la República, hasta que llegó al poder absoluto el héroe de los apolíticos en enero de 1959.

Fragmentos tomados de la biografía Cuba: Intrahistoria. Una lucha sin tregua

SEGUNDA PARTE
HOMENAJES

PENSANDO EN GASTÓN BAQUERO

Lincoln Díaz-Balart

Había leído durante las últimas semanas que Gastón Baquero había sufrido un derrame cerebral y estaba gravemente enfermo. Por lo tanto, no me sorprendió la noticia de su fallecimiento. Llegó la noticia en medio de un día de tremenda actividad, uno de los días de más intenso trabajo como miembro del Congreso de Estados Unidos (el 15 de mayo de 1997).

Ese fue el día en que presenté una enmienda en el pleno de la Cámara de Representantes para continuar la ayuda suplementaria (SSI) y el “Medicaid” para los residentes legales de Estados Unidos, ya que bajo la ley imperante en esos momentos se vencían esos beneficios sociales a mediados del mes siguiente y necesitábamos tiempo adicional para buscar una solución definitiva para ese sensible problema de los residentes legales incapacitados que no eran ciudadanos de Estados Unidos. La enmienda fue aprobada por una votación de 345 contra 74, y pensé en el momento del triunfo de ese día que Gastón se hubiese sentido muy bien si hubiera podido presenciar nuestro debate y su resultado. Aun así y a pesar de

la intensidad del trabajo de ese día, la noticia de la partida de Gastón Baquero me llegó a lo más profundo del alma.

Conocí a Gastón Baquero cuando yo tenía nueve años de edad, al mudarse mi familia para España. Gastón era un gran amigo de mis padres y mis abuelos, y raro era el día en que no venía a comer a casa y a compartir con nosotros su maravillosa forma de ser, su caballerosidad, su cordialidad, su patriotismo, su sabiduría y su increíble talento.

Al ir pasando los años me di cuenta del extraordinario privilegio que significó en mis años de niñez y adolescencia la presencia de Gastón Baquero como parte, en efecto, de mi familia extendida.

Cuando los castristas tomaron el poder en Cuba, entre las primeras cosas que hicieron fue robarse la biblioteca de Gastón, una de las mejores bibliotecas privadas existentes en toda América en esos momentos. Después, en España, poco a poco Gastón fue construyendo otra maravillosa biblioteca. Gracias a los esfuerzos de Esperanza de Varona y otros dignos cubanos y norteamericanos, esa biblioteca de Gastón Baquero estará disponible para el estudio y el deleite de las futuras generaciones en la biblioteca de la Universidad de Miami.

Al llegar a casa en Miami, al día siguiente de recibir la noticia del fallecimiento de Gastón, enseguida busqué un disco que él me regaló muchos años atrás, los grandes éxitos (*greatest hits*) de Ray Charles, el gran músico de jazz norteamericano. Gastón fue no solo uno de los más grandes literatos y escritores de la lengua castellana del siglo veinte, sino también un genuino

“hombre del renacimiento” de nuestra época. Sabía de música, de cine, de artes plásticas, de historia, de política, de religión. Pero sobre todo, sabía de Cuba y amaba a Cuba. Eso es lo que más admiraba de él.

Al llegar a casa en Miami también revisé un libro de Gastón con el título *Darío, Cernuda y otros temas poéticos*, que él le regaló en mayo de 1969 a mis padres con la siguiente dedicatoria: “Para Hilda y Rafael, con el cariño y la gratitud de quien tiene en ellos familia y patria”.

Todos los que tuvimos el privilegio de conocer a Gastón Baquero lo vamos a extrañar profundamente. Y Cuba ha perdido, trágicamente en el exilio, no solo a uno de los cubanos más brillantes de su historia, sino, también, a uno de sus hijos que más quiso a la patria.

Nota del Editor. *Artículo publicado en 1997 en Diario las Américas*

GASTÓN BAQUERO, TESTAMENTO DEL PEZ Y PACTO CON LA SOMBRA

Armando de Armas

Guillermo Cabrera Infante narra en su ameno libro *Vidas para leerlas* (Alfaguara, Madrid, 1998), una leyenda que corre en el exilio cubano.

La leyenda referida por el Premio Cervantes de las Letras de 1997 tuvo su origen en una tasca en el viejo Madrid, una tarde de noviembre de 1976, en que dos hombres de edad media conversan sentados a una mesa.

Uno de ellos es un negro imponente que podría ser el modelo de Ótelo; el otro hombre es blanco, bajo, con ojos saltones que parecen verlo todo, asegura el aeda Infante, y apunta que los dos son cubanos, exilados los dos, y han estado conversando más alto que los madrileños que los rodean, que ya es decir, y que uno de los dos cubanos fue periodista poderoso, jefe de redacción pero en realidad director del Diario de la Marina, uno de los periódicos más prestigiosos y antiguos del continente americano, y que el otro hombre es escritor, sobreviviente de profesión y viajero sin brújula, y los presenta,

de derecha a izquierda, Gastón Baquero y Enrique Labrador Ruiz, que charlan vida abajo. Agrega entonces el aeda de *Así en la paz como en la guerra* que, cuando se hace un claro en la espesura de la conversación, se oye el aplauso cerrado de la tasca toda, pues los madrileños, que saben de diálogos, reconocieron a los dos forasteros como maestros de la conversación. Baquero es el primer poeta de Cuba y Labrador era un novelista famoso en toda Sudamérica, concluye Cabrera Infante.

Acierta Cabrera Infante al definir a José Gastón Eduardo Baquero Díaz (1914-1997) como periodista poderoso en el pasado republicano, pero se queda corto, pues el poeta fue no solo un periodista poderoso, sino un hombre poderoso en todos los órdenes, incluyendo el político, y llega al cargo de senador en el Consejo Consultivo creado por Fulgencio Batista y Zaldívar después del golpe de Estado del 10 de marzo de 1952, por lo que se le acusó, luego en el exilio, de batistiano, acusación a la que, narra la leyenda negra, el buen Baquero solía responder: “*batistiano y qué, batistiano sí, pero no fidelista!*”. Así, el Tribunal Revolucionario de Sanciones de Cuba dictaminó en 1960 su expulsión del Colegio Nacional de Periodistas, por su colaboración con la dictadura batistiana. Paradoja: Una tiranía, sus sumisos servidores, expulsan a un periodista por colaborar con una dictadura; y no un periodista cualquiera sino uno grande, entre los más grandes de esa isla en todos los tiempos. Más paradoja: Luego en el exilio a los exfidelistas no se les ocurre otra cosa que acusar al periodista, poeta y ensayista, de batistiano. Ambas paradojas, en verdad

una y la misma, pertenecen a la índole de acusación que los guajiros cubanos, tan sabios, suelen describir como una en que el aura tiñosa llama cabeza pelada al guanajo.

Y es que el también candidato al Premio Príncipe de Asturias de las Letras, 1998, y finalista del Premio Nacional de Literatura de España, en 1992, considerado una de las figuras más relevantes no ya de la poesía cubana, sino iberoamericana, vio en la derrota de Batista en 1959, como el intelectual ítalo-cubano Orestes Ferrara (otro grande), no la esperanza de una era de derecho y desarrollo bajo el auspicioso restablecimiento de la Constitución de 1940, como muchas lumbreras creían, sino el fin mismo de la República; pues Baquero, como Ferrara, percibía, sin ser propiamente un batistiano, que el sargento devenido general, dadas las deterioradas circunstancias nacionales, hubiese representado el pacto con la sombra ante el advenimiento del restallante, y repulsivo, mediodía en punto, que el hombre fuerte, con sus errores y sus horrores, sería no la solución pero sí un valladar momentáneo, mal necesario, frente a la avalancha de la demagogia desbordada en delincuencia organizada, disfrazada de *pueblo enérgico y viril que llora* y que, ¡ay!, sostiene por medio siglo a la modernidad concentracionaria; y, también como Ferrara, opinaba Baquero que los problemas sin solución para la isla comenzaron no con la presidencia de Gerardo Machado, sino, contrario a lo que el común cree, con la revolución de 1933 que lo derrota y exilia, por lo que en entrevista con la escritora Nedda G. de Anhalt, para el libro *Dile que pienso en ella*, el poeta dice: “La

Universidad de La Habana era una de las mejores de América. Se eclipsó con la caída de Machado (...) A Cuba se le rompió la columna vertebral con esa caída y nunca más pudo marchar el país”.

Ferrara de ancestros greco-latinos, Baquero de ancestros africanos, ambos occidentales, pragmáticos como eran, renacentistas en suma, habrían sabido encontrar el equilibrio indispensable entre bien y mal, entre los principios y la práctica, entre la luz y las tinieblas. Por cierto, lo mismo que habría sabido entender Winston Churchill en otro orden de cosas, pero en la misma clase superior de hombres que transgreden la norma.

Hasta hace un tiempo los más acuciosos estudios aseguraban que Baquero había nacido en Banes, cosa que aseguraba además el mismo poeta, pero por primera vez, en el año 2000, aparece en Cuba una antología de Gastón (muestra de lo que el escritor cubano Luis de la Paz ha dado en llamar como la necrocultura, es decir, rescate parcial y restringido al ámbito académico del legado de autores anticastristas que, estando muertos y sin divulgación para el gran público, no serían ya un peligro para el régimen), con selección, prólogo, notas y compilación del apéndice del poeta Efraín Rodríguez Santana, quien además de mostrar el universo lírico del escritor desde sus primeros versos escritos en Banes hasta los últimos producidos en Madrid, expone la certificación de nacimiento del poeta, donde queda plasmado que no sería natural de Banes, como se pensaba, sino que era natural de La Habana.

Por lo que parece que Baquero nace en la capital, en mayo de 1914, y se muda con la familia a los cuatro años de edad al poblado oriental de Banes, para en la adolescencia regresar a vivir nuevamente a La Habana.

Baquero, muerto en Madrid en mayo de 1997, tuvo, como Lino Novás Calvo, Carlos Montenegro, Enrique Serpa y Enrique Labrador Ruiz, unos oscuros orígenes en los márgenes sociales y, también como ellos, supo levantarse a punta de talento, pero también de coraje, para un día arribar a la cima y desde allí alumbrar, aprovechando óptimamente, hay que repetir, la movilidad y porosidad imperantes en la sociedad isleña, movilidad y porosidad que permitirían el milagro económico de los cubanos en la breve República; breve y brillante como un fuego fatuo que cruza el firmamento.

Pobre y todo, Baquero matricula en la Universidad de La Habana y se gradúa como ingeniero agrónomo y químico azucarero, pero ejerce poco la profesión, pues la deja para dedicarse por entero a la literatura y al periodismo, en los que había incursionado al tiempo que estudiaba. En 1942 publica su primer libro, *Poemas*, que rápidamente le gana el reconocimiento de público y crítica, donde destacan títulos como *Saúl sobre la espada* y *Testamento de un pez*, y que, por otro lado, le otorga pasaporte poético para, junto a José Lezama Lima, Eliseo Diego, Virgilio Piñera, Cintio Vitier, Fina García Marruz y Lorenzo García Vega, integrar el mítico grupo Orígenes. Por cierto que Baquero niega, como se ha pretendido, que Orígenes fuera propiamente una generación, y

en la misma entrevista con Nedda G. de Anhalt asegura que lo de generación es solo una idea, un capricho, porque entre los miembros de Orígenes lo único que había como afinidad eran unas lecturas compartidas y que, por lo demás, no hay ningún parentesco íntimo, ritual, de doctrina ni de credo filosófico...

Baquero plasma su ideario filosófico, religioso, estilístico, poético y político en los ensayos *La poesía como problema*, *La poesía como reconstrucción de los dioses y del mundo* y *La poesía de cada tiempo*, mientras su estética se plasma en los estudios sobre poetas como Juan Ramón Jiménez, T. S. Eliot, Luis Cernuda, Saint-John Perse, César Vallejo, Jorge Luis Borges, Pablo Neruda, Vicente Huidobro y Rubén Darío. En tanto periodista, Baquero se inicia en 1944 en el rotativo Información y, posteriormente, en El Mundo y en Diario de la Marina, en el cual se desempeñó como redactor jefe y comentarista cultural a través de dos secciones fijas, *Panorama* y *Aguja de marear*, y debido a sus sesudos ensayos periodísticos, y sus editoriales, se alza entre los más relevantes comunicadores cubanos de cualquier época, llegando a ser vocal de la Asociación de la Prensa y obteniendo las más importantes distinciones nacionales de periodismo, entre ellas el Premio Justo de Lara y el Primer Premio Juan Gualberto Gómez en la categoría de artículo o crónica.

El poeta formó parte de y escribió para las más significativas publicaciones literarias de su tiempo; así, fue fundador de Clavileño, y publicó en Verbum, Espuela de Plata, Nadie Parecía y Orígenes, además de hacerlo en revistas como Social,

Baraguá, Grafos, Revista Cubana, Orbe, Poeta y América y, por si fuera poco, tradujo obras de poetas europeos y norteamericanos como T. S. Eliot, George Santayana, Paul Eluard e Hilda Aldington, y fue miembro correspondiente de la Academia Nacional de Artes y Letras.

Al exiliarse en España Baquero fue bien recibido por el gobierno de Francisco Franco Bahamonde, donde laboró en el Instituto de Cooperación Iberoamericana, impartió cursos de Historia y Literatura Latinoamericanas en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, de Santander, y en el Instituto de Cultura Hispánica de Madrid, y trabajó además durante décadas en la emisora Radio Exterior de España.

En su etapa de exiliado publica *Poemas escritos en España*, 1960, *Memorial de un testigo*, 1966, *Magias e invenciones*, 1984, *Poemas invisibles*, 1991, y *Autoantología comentada*, 1992, y, por otro lado, aparece en numerosas antologías y su obra, poética y ensayística, es recogida en los volúmenes *Poesía y Ensayo*, y salen a la luz sus libros *Escritores hispanoamericanos de hoy*, 1961, *La evolución del marxismo en Hispanoamérica*, 1966, *Darío, Cernuda y otros temas poéticos*, 1969, *Indios, blancos y negros en el caldero de América*, 1991, *Acercamiento a Dulce María Loynaz*, 1993, y *La fuente inagotable*, 1995. Como periodista escribe para la revista Mundo Hispánico y en los periódicos Ya, ABC, La Vanguardia y El País.

Pero ese hombre, que sería el orgullo de cualquier país en el mundo, y tanto que España le recibe como a un hijo prominente, fue metódica y sistemáticamente borrado de la

historia de las letras cubanas por los censores al servicio de los comisarios culturales, como le ocurrió a Orestes Ferrara, Carlos Montenegro, Lino Novás Calvo, Lydia Cabrera, Reinaldo Arenas, Guillermo Cabrera Infante y a tantos otros que no comulgaron con el comunismo, o que comulgaron y después disintieron, al punto que Monseñor Carlos Manuel de Céspedes García Menocal escribe desde La Habana en la revista católica Palabra Nueva: “Para escribir acerca de Gastón Baquero, en La Habana, en el año 2010, se hace necesaria una nota introductoria, a modo de presentación. Solamente las personas muy estudiosas del periodismo en nuestro país, de la literatura cubana, o los ancianos como yo, somos capaces hoy de identificar a Gastón”. Por supuesto, lo que no dice el Monseñor es que ese desconocimiento del más importante poeta del país en el pasado siglo no es obra de la casualidad ni mucho menos, sino del odio especial que despertó entre los ignaros capitostes de la revolución castrista, empezando por el argentino Ernesto Che Guevara que, en 1959, le endilgó a Baquero el título de vocero de la reacción. Odio especial porque siendo negro y de origen humilde esperaban, con ese racismo al revés de los revolucionarios, que fuera comunista o, del lobo un pelo, que fuese cuando menos socialdemócrata, pero no, Baquero desmentía el dogma, nada de progre, pobre sí, pero progre no, sino que era de derechas y proclamaba, sin complejos como ha de ser, su visceral, y por visceral no menos racional, anticomunismo.

El poeta tenía una visión de la raza despojada del buenismo tontorrón y al uso tan en boga al presente entre la izquierda festiva. Así, en su preclaro texto *El negro en Cuba*, escribe que dondequiera “que estén conviviendo dos razas, dos religiones, dos idiomas, dos culturas, dos niveles económicos distintos, hay segregación, hay discriminación, hay lucha de razas, y una de ellas tiende instintivamente a dominar a la otra para dejarla al margen de las posibilidades de bienestar, de acceso al poder, y de aseguramiento del porvenir (...) Esta es todavía la ciega ley de la vida, el instinto zoológico de conservación. Esto es así, en todas partes, porque el ser humano se encuentra aún en los albores, en los balbucesos, y muy débiles, muy tenues aún, de la condición humana. El hombre sigue siendo una fiera (...) En tanto no se alcance esta superación del subhumano o pre-humano actual, es absurdo, es pueril, hablar de que amamos al prójimo, y de que en una ciudad fundada por blancos, los negros (o amarillos, o los rojizos) pueden vivir sin problemas, de igual a igual. Tampoco puede existir para los blancos en una sociedad fundada por negros”.

De modo que Baquero apunta “que toda la historia de Cuba, desde el siglo XVI hasta nuestros días, se explica en función del problema negro, en razón de la presencia cuantiosa, predominante en ocasiones, pero intensamente repudiada, del negro en Cuba”. Y más adelante agrega que dicho “así, de golpe, parece una atrocidad y una descomunal falsedad (...) Pero el comunista sabe que si él está en el Poder es porque Batista no quiso ser un soldado mulato, sino un caballero

blanco, y porque la aristocracia cubana, la élite económica, blanca, naturalmente, quería a toda costa salir de Batista, y no por razones políticas, ni ideológicas, ni morales, ni filosóficas. Esa aristocracia veía en Batista a un negro”.

Con lo que el poeta ve la apuesta suicida de la sociedad cubana a favor de Fidel Castro frente a Fulgencio Batista por un problema no solo de racismo sino también de clasismo. Que Castro fuera comunista y de clase pudiente sería un problema menor respecto a que Batista fuera negro y pobre. En nuestro proceder, la penitencia, parece decirnos el poeta.

Por ello quizá hacían bien los unos y los otros en temerle al poeta, no como poeta pero sí como poeta que deviene en activista que llama a la conciencia de la nación cubana en el exilio. En 1978, en prólogo al libro *Rafael Díaz-Balart. Pensamiento y acción. Apuntes para una biografía*, del escritor Francisco Lorié Bertot, Baquero escribió: “¿Dónde está el triunfo nuestro si ni siquiera hemos conseguido convertirnos en un grupo de presión que fuerce a la tiranía comunista a reducir su crueldad y su desprecio de los derechos humanos? Somos un exilio de triunfadores, dicen; pero los rusos y los castristas han llevado al Sr. Carter y al Papa a la convicción de que Chile, Argentina y Brasil son los obstáculos con que tropieza en América los derechos humanos, y hay todavía demasiada gente en el mundo libre que habla del castrocomunismo como de una revolución democrática y libertadora, que ha dado al pueblo de Cuba todo lo que no tenía”. Para, más adelante agregar respecto a la demagogia populista en contra de la política, esa

demagogia que no solo devoró la democracia en Cuba hace más de medio siglo, sino que devora al presente la democracia en los más importantes países de Occidente: “Esa fobia al político fue siempre un mal, pero en nuestros tiempos es una de las formas más directas y fulminantes que maneja la oligarquía, la burguesía alta y mediana de cada país para suicidarse. No entienden que cuando el político se queda inactivo, el vacío que él deja lo ocupan los terroristas, los constructores del paredón, los ciegos destructores de cuanto existe”.

Tenían que borrarlo, Baquero no podía existir, como no puede existir nada que contravenga el dogma de los marxistas en el poder en un país dado; el dogma proclama: todos los poetas, los buenos poetas, son de izquierda, son de izquierda o no son; luego es lícito que esos poetas, renegados que contradicen el dogma, sean desterrados, encarcelados o matados; borrados en suma. La realidad se adapta al dogma, no el dogma a la realidad, esa perversa contrarrevolucionaria. La Habana también contravenía el dogma, por pecadora, próspera, cosmopolita, culta y luminiscente, por eso Guevara y Castro, y el resto de alunados alumnos leninistas, la odiaron al punto de procurar derrotarla, derruirla, desaparecerla en suma, pero no pudieron, ni podrán con La Habana, como no pudieron, ni podrán con Gastón Baquero. Malas noticias para Guevara y Castro, y el resto de alunados alumnos leninistas, pues Baquero se nos ha hecho inmortal, devenido dios, y para colmo, inmortaliza, diviniza a La Habana con su *Testamento del pez*. No crean, pero lean, y quizás estaremos de acuerdo:

Yo te amo, ciudad,
aunque solo escucho de ti el lejano rumor,
aunque soy en tu olvido una isla invisible,
porque resuenas y tiembblas y me olvidas,
yo te amo, ciudad.

Yo te amo, ciudad,
cuando la lluvia nace súbita en tu cabeza
amenazando disolverte el rostro numeroso,
cuando hasta el silente cristal en que resido
las estrellas arrojan su esperanza,
cuando sé que padeces,
cuando tu risa espectral se deshace en mis oídos,
cuando mi piel te arde en la memoria,
cuando recuerdas, niegas, resucitas, pereces,
yo te amo, ciudad.

Yo te amo, ciudad,
cuando descienes lívida y extática
en el sepulcro breve de la noche,
cuando alzas los párpados fugaces
ante el fervor castísimo,
cuando dejas que el sol se precipite
como un río de abejas silenciosas,
como un rostro inocente de manzana,
como un niño que dice acepto y pone su mejilla.

Yo te amo, ciudad,
porque te veo lejos de la muerte,
porque la muerte pasa y tú la miras
con tus ojos de pez, con tu radiante
rostro de un pez que se presiente libre;
porque la muerte llega y tú la sientes
cómo mueve sus manos invisibles,
cómo arrebatata y pide, cómo muerde
y tú la miras, la oyes sin moverte, la desdeñas,
vistes la muerte de ropajes pétreos,
la vistes de ciudad, la desfiguras
dándole el rostro múltiple que tienes,
vistiéndola de iglesia, de plaza o cementerio,
haciéndola quedarse inmóvil bajo el río,
haciéndola sentirse un puente milenario,
volviéndola de piedra, volviéndola de noche
volviéndola ciudad enamorada, y la desdeñas,
la vences, la reclinas,
como si fuese un perro disecado,
o el bastón de un difunto,
o las palabras muertas de un difunto.

Yo te amo, ciudad
porque la muerte nunca te abandona,
porque te sigue el perro de la muerte
y te dejas lamer desde los pies al rostro,
porque la muerte es quien te hace el sueño,
te inventa lo nocturno en sus entrañas,

hace callar los ruidos fingiendo que dormitas,
y tú la ves crecer en tus entrañas,
pasearse en tus jardines con sus ojos color de amapola,
con su boca amorosa, su luz de estrella en los labios,
la escuchas cómo roe y cómo lame,
cómo de pronto te arrebatara un hijo,
te arrebatara una flor, te destruye un jardín,
y te golpea los ojos y la miras
sacando tu sonrisa indiferente,
dejándola que sueñe con su imperio,
soñándose tu nombre y tu destino.
Pero eres tú, ciudad, color del mundo,
tú eres quien haces que la muerte exista;
la muerte está en tus manos prisionera,
es tus casas de piedra, es tus calles, tu cielo.

Yo soy un pez, un eco de la muerte,
en mi cuerpo la muerte se aproxima
hacia los seres tiernos resonando,
y ahora la siento en mí incorporada,
ante tus ojos, ante tu olvido, ciudad, estoy muriendo,
me estoy volviendo un pez de forma indestructible,
me estoy quedando a solas con mi alma,
siento cómo la muerte me mira fijamente,
cómo ha iniciado un viaje extraño por mi alma,
cómo habita mi estancia más callada,
mientras descansas, ciudad, mientras olvidas.

Yo no quiero morir, ciudad, yo soy tu sombra,
yo soy quien vela el trazo de tu sueño,
quien conduce la luz hasta tus puertas,
quien vela tu dormir, quien te despierta;
yo soy un pez, he sido niño y nube,
por tus calles, ciudad, yo fui geranio,
bajo algún cielo fui la dulce lluvia,
luego la nieve pura, limpia lana, sonrisa de mujer,
sombbrero, fruta, estrépito, silencio,
la aurora, lo nocturno, lo imposible,
el fruto que madura, el brillo de una espada,
yo soy un pez, ángel he sido,
cielo, paraíso, escala, estruendo,
el salterio, la flauta, la guitarra,
la carne, el esqueleto, la esperanza,
el tambor y la tumba.

Yo te amo, ciudad,
cuando persistes,
cuando la muerte tiene que sentarse
como un gigante ebrio a contemplarte,
porque alzas sin paz en cada instante
todo lo que destruye con sus ojos,
porque si un niño muere lo eternizas,
si un ruiseñor perece tú resuenas,
y siempre estás, ciudad, ensimismada,
creándote la eterna semejanza,
desdeñando la muerte,

cortándole el aliento con tu risa,
poniéndola de espalda contra un muro,
inventándote el mar, los cielos, los sonidos,
oponiendo a la muerte tu estructura
de impalpable tejido y de esperanza.

Quisiera ser mañana entre tus calles
una sombra cualquiera, un objeto, una estrella,
navegarte la dura superficie dejando el mar,
dejarlo con su espejo de formas moribundas,
donde nada recuerda tu existencia,
y perderme hacia ti, ciudad amada,
quedándome en tus manos recogido,
eterno pez, ojos eternos,
sintiéndote pasar por mi mirada
y perderme algún día dándome en nube y llanto,
contemplando, ciudad, desde tu cielo único y humilde
tu sombra gigantesca laborando,
en sueño y en vigilia,
en otoño, en invierno,
en medio de la verde primavera,
en la extensión radiante del verano,
en la patria sonora de los frutos,
en las luces del sol, en las sombras viajeras por los muros,
laborando febril contra la muerte,
venciéndola, ciudad, renaciendo, ciudad, en cada instante,
en tus peces de oro, tus hijos, tus estrellas.

No estamos, en la Cuba de la diáspora y de la angustia, demasiado sobrados de compatriotas que posean y practiquen la pasión por la Independencia de Cuba, la obsesión por libertarla del régimen totalitario que hoy la oprime, y el cual no es una forma nueva de gobierno, sino un potro de tortura y una regresión a las peores formas del colonialismo. Que esa pasión por Cuba sea vivida conjuntamente con la capacidad profesional, con la preparación cultural y el don de gentes, con la eficiencia para construir materialmente una vida cómoda en el exilio, es casi un milagro. En Rafael Díaz-Balart lo uno no quita lo otro. En su corazón y en su actividad de cada día hay siempre un espacio para la rememoración de Cuba y para el sufrimiento por los terribles padecimientos a que está criminalmente sometida nuestra patria.

Gastón Baquero. *Rafael Díaz-Balart o la vocación política*

LOS OTROS Y LA POLÍTICA EN LA REPÚBLICA

César Jesús Menéndez Pryce

Nadie mejor que Gastón Baquero explicó cuál era la situación de las relaciones raciales en Cuba, durante la república, en su ensayo El negro en Cuba. Imposible tener la sensibilidad de Baquero para mostrar el papel de los políticos como él hizo en el impresionante homenaje que le rinde a su amigo y político

Rafael Díaz-Balart en su libro de memorias. Pero como se trata de honrar a la figura de Baquero en su centenario, me fue imposible rechazar la invitación de otro político cubano, Lincoln

Díaz-Balart, para estar presente con una reflexión, a salto de mata y reduccionista, sobre la relación de las masas con las élites gobernantes en Cuba antes de la llegada de Castro. Y claro está,

he tratado, sin lograrlo por su puesto, de emular a Baquero acercando a esta problemática la figura del patriota cubano Jesús

Menéndez, de quien me siento orgulloso de ser nieto. Tampoco

debo olvidar que un día, en su despacho de Madrid, Rafael Díaz- Balart me expresó la enorme satisfacción que sentía de conocer a un descendiente de Menéndez y, vehemente como era,

me conminó a seguir sus dignos pasos.

La Política es el concierto donde confluyen las tendencias de todos los sectores y estamentos sociales. Estos intereses no siempre fluyen en un mismo sentido, en ocasiones se contraponen o se superponen, eclipsándose unos a otros. La actividad política está sujeta a presupuestos que dictan las prioridades con las que canalizar cada uno de estos intereses. Así surge el doble compromiso del político de respetar las reglas a la vez que representa las inclinaciones de quienes le han llevado al concierto de la política. Al decir de Martí, *la Política es el arte de ir levantando hasta la Justicia la Humanidad injusta; de conciliar la fiera egoísta con el ángel generoso; de favorecer y de armonizar para el bien general, y con miras a la virtud, los intereses.*

Los buenos políticos son el mecanismo de transmisión entre el poder y el pueblo. Son como la rueda dentada que al girar lleva la energía de la masa pujante al motor que produce el movimiento de la sociedad. Los políticos tienen que tocar ambos lados del engranaje y girar revolucionados para que su mecanismo transmita sin cesar de abajo a arriba, de arriba a abajo, acoplando con el pueblo para traducir sus impulsos y engranando con el gobierno para que de este emane el rumbo.

Gastón Baquero establece que se es político por vocación, pero ser político es una virtud, un don ético, que se plasma con una obra y se revela en la entrega a los demás como necesidad suprema. Gracias a esa virtud el político se eleva para encumbrar los intereses de los suyos en particular y de su pueblo en general y mantener allá en el horizonte asomada siempre la esperanza.

Pero en política abundan muchos *polizones* que se visten y hablan como políticos y cohabitan en los partidos políticos pero jamás llegan a ser políticos. Estos *intrusos* se distinguen por ese apetito voraz que les mantiene los bolsillos siempre llenos. Son los creadores de la *pseudocultura del otro* —*negro, masa, pobre*—. Y en su idea *el otro* está destinado simplemente para a servir a la élite.

En la República de Cuba, como en todas las sociedades excluyentes, convivieron políticos y *polizones*. Mientras los políticos se esforzaban en la vertebración de la sociedad alrededor de leyes incluyentes que reforzaban cada vez a más el ejercicio de la convivencia, los *polizones* empeñaban la República con corruptelas y demagogias buscando hacer prevalecer como único propósito el interés del poder económico sobre *los otros*.

Tras los primeros años de andadura republicana, muchos patriotas y cubanos sencillos no se sentían representados en la política nacional. No simpatizaban con las “nuevas” reglas en la cuales se les reservaba una especie de segunda planta social mientras que la real casta permanecía incólume gozando de los mismos privilegios de antes de la guerra. Esa percepción motivó la Guerrita de Agosto en 1906, a la que sucedió la Guerra del Color de 1912 —los negros contra el orden establecido—, la Chambelona en 1916 y otras tantas pequeñas revueltas. Tanta era la desesperanza que la violencia aparecía una y otra vez como única vía de acceso de *los otros* al sistema de gobierno de la joven república. Así irrumpieron en la política de las élites algunos de los verdaderos actores de la lucha por la

independencia como José Miguel Gómez, quien rápidamente asimiló la pseudocultura reinante en las alturas del poder.

A los *polizones* nada les importaba el concierto de intereses nacionales ni la responsabilidad histórica que tenían en sus manos. La masa debía garantizarles los privilegios a base de servidumbre. Nada importaba que los negros fueran el último escalón social, ni que los pobres trabajaran interminables jornadas laborales por míseros salarios, ni que el acceso a la educación fuera muy limitado. Ese era el plan.

En el año 28 *los polizones* reformaron la Constitución de 1901 para otorgarle a Machado seis años más de poder con el beneplácito de la élite económica. Se enrareció más, si cabe, el difícil camino de la frágil democracia cubana. Los intereses contrapuestos fueron “resueltos” otra vez con violencia. Y la sangre corrió a chorros por las tuberías de la vida política de la nación para desembocar en la revolución de 1933.

La máquina de hacer presidentes trabajó sin parar durante el último semestre del año 33. Machado, Céspedes, La pentarquía, Grau, Hevia y Mendieta, todos sin sustancia política, todos carentes de arraigo, traídos y llevados por las intrigas violentas, por la falta de apoyo, por la traición de los “suyos”, por el espaldarazo del más fuerte, por fuerzas oscuras que sacaban su rostro en forma de disparo de cañón: miles de muertos, revueltas constantes. Los sargentos enloquecidos dijeron basta y se armó, de la noche a la mañana, la omnipresente figura de Fulgencio Batista: indio, mulato, descastado y pobre.

Batista se autoproclamó coronel y arremetió contra todos los obstáculos que lo separaban del poder. Desgraciadamente, en una sociedad enferma estos excesos parecen correctos. Batista habló de Revolución, de Constitución, de salvar la república, del fin de la Enmienda Platt, de eliminar las castas del ejército. Habló en el lenguaje de los oprimidos en primera persona del plural, se opuso a la horrenda violencia social, la corrupción, la situación en el campo. Y prometió un futuro. Batista se convirtió en el “hombre fuerte” de Cuba, garante de la estabilidad, rechazando el poder nominal para ostentar el poder real.

En siete años los políticos dotaron a la República de una nueva Constitución, única en su época, la más inclusiva de todas. Allí estaban 77 delegados de nueve partidos entre los que se encontraban Ramón Grau San Martín, Carlos Márquez-Sterling, Carlos Prío, Mario García Menocal, Juan Marinello, Eduardo Chibás, Blas Roca Calderío y Emilio Ochoa, que olvidaron sus diferencias ideológicas, sus orígenes de clase, incluso sus razas, para pensar en la patria y dibujar el futuro de todos. El vocablo *los otros* parecía que se borraba del vocabulario de la república.

Esta Carta Magna igualaba a los cubanos ante la ley, les respetaba como seres humanos, les liberaba como individuos y les dignificaba como nación. La nueva ley de leyes reguló allí donde más dolía a los ciudadanos, estableció la jornada de ocho horas, y prohibió la discriminación de género, raza, religión. Dotó a la sociedad del equilibrio necesario donde

todos se sentían representados, involucrados y comprometidos. La Constitución del 40 afianzó las rígidas columnas de los tres poderes y las separó adecuadamente para hacer descansar sobre ellas la esperanza nacional. Fue la obra maestra de la política republicana.

Todos aplaudieron, incluso los *polizones* que, no obstante, continuaron llenando sus bolsillos y levantando los muros de intereses ahora alrededor de la magnífica Constitución para hacerla impracticable.

Es por esta época que Jesús Menéndez Larrondo, líder sindical de origen humilde, irrumpe en la política nacional alcanzando un escaño en la Cámara de Representantes por el Partido Socialista Popular —antiguo Partido Comunista—. Si alguien le hubiera vaticinado a aquel negrito de Encrucijada que iba a ser representante cuando, huérfano de madre, con nueve años dejó los estudios y se dedicó a vender frutas o limpiar zapatos para ayudar a su familia de once hermanos, no se lo habría creído.

A los 17 años comenzó a trabajar en el Central Constancia como jornalero. Sus dotes de líder y orador nato lo convirtieron pronto en Secretario General de los trabajadores del central. Se afilió al Partido Comunista en el año 1931, participó en la creación del Sindicato Nacional de la Industria Azucarera y la Confederación Nacional Obrera de Cuba y en la fundación de la Central de Trabajadores de Cuba.

En 1933 organizó las huelgas de los centrales Constanca y Nazabal, ambos en las Villas, y fue encarcelado en dos ocasiones cuando el régimen de Machado daba sus últimos coletazos.

La oratoria electrizante, la trayectoria intachable y su sentido de responsabilidad social hicieron que en 1940 y en 1946 fuera elegido Representante a la Cámara, donde defendió con dignidad inigualable la causa de los trabajadores de Cuba.

Mi abuelo pudo ser *polizón* de la política cuando viajó a los Estados Unidos en 1946 como secretario general de la Federación Nacional de Trabajadores del Azúcar formando parte de una delegación del gobierno del Doctor Grau San Martín para negociar La Cláusula de Garantías que contemplaba el Diferencial Azucarero. Dicen que le ofrecieron un cheque en blanco para que ese diferencial no llegara jamás a los salarios de *los otros*, los obreros cubanos del azúcar. Pero mi abuelo era de esos hombres que tienen la virtud de la política y, aunque sabía que rechazar el cheque corruptor era firmar su sentencia de muerte, él lo hizo con rotundidad para que 29 millones de pesos se repartieran entre los necesitados trabajadores cubanos en justo concepto de prima salarial.

En 1947 los poderosos no querían volver a pagar lo pactado, cuya cifra iba a ser mucho mayor teniendo en cuenta los resultados de la zafra, el precio del azúcar y las importaciones norteamericanas. Entonces Jesús Menéndez levantó en pie de guerra a los trabajadores azucareros de toda Cuba. La consigna era clara: “el Diferencial en la punta de la mocha”... o no habría

zafra. Ahí fue cuando mi abuelo puso precio final a su vida y los *polizones* carroñeros salieron a cazarlo.

Dicen los que levantaron su cuerpo inerte, después de sufrir un disparo por la espalda de manos de un capitán del ejército de Grau, capitán de la élite y los intereses económicos norteamericanos, que en su bolsillo había dos pesos y algunas monedas en una cartera deteriorada. Pero Jesús Menéndez murió con el corazón lleno del honor que produce haber servido a su pueblo con una vida repleta de triunfos que le sobrevivieron. Gracias a su lucha se instauró el retiro azucarero y se aplicó la ley maternal para las mujeres campesinas. Este gran líder logró que los obreros y técnicos cubanos pudieran negociar los precios de la zafra y la instauración del pago de las horas extras a los trabajadores del azúcar, así como el aumento del salario mínimo del sector y la higienización de los bateyes y centrales.

Mi abuelo fue un modernizador social y diseminador de la justicia entre los más pobres, fue la muestra viviente del recorrido realizado por Cuba desde la esclavitud hasta el autogobierno. Su abuelo Doroteo alcanzó el grado de Comandante durante la guerra del 68 y su padre Carlos, incorporado a la guerra desde niño, llegó a capitán del ejército mambí.

Jesús Menéndez tenía 36 años cuando fue asesinado por el capitán Joaquín Casillas Lumpuy. Dejó una viuda y cuatro hijos; el mayor de ellos, mi padre, contaba con apenas 5 años de edad. Lo peor de este trágico suceso es que el asesino del Representante a la Cámara de un país democrático aparece

posteriormente en otras páginas de nuestra historia ascendido al grado de Coronel del Ejército, y estuvo en funciones hasta que murió ejecutado por los guerrilleros de Castro en 1959.

La muerte de Jesús Menéndez constituyó un doloroso revés para todos los políticos honestos de Cuba. Fue una cruel demostración de fuerza de los grandes intereses que parecía advertir, a los que como él creían en la justicia, cuáles eran los límites en el “tablero democrático”.

Si los políticos tienen que morir por practicar la democracia, la sociedad se automutila. Si por garantizar el trabajo y la vida digna a los miembros de la comunidad, convierten a un hombre íntegro en un elemento a eliminar, la sociedad sufre de esquizofrenia. La sociedad está enferma si es dirigida por una élite que escamotea constantemente la implementación de la justicia.

Analizando fríamente los 60 años de República, a pesar de sus logros sociales y económicos, vemos una perenne lucha entre la casta y su ejército de *polizones* contra las masas desposeídas. Abrir los libros de esa época es acudir a un sainete de escándalos por corrupción, fraudes electorales, luchas entre bandos, intervenciones norteamericanas, cinco levantamientos armados y dos golpes de estado, violencia que asoma siempre como la solución de todos los problemas existentes. Dice un viejo dicho judío que “la espada apareció en este mundo debido al retraso de la justicia”.

Hoy mismo, ante la llamada transición trampa, si no somos valientes a la hora de interpretar nuestra propia historia, si no

aprendemos las lecciones que nos brinda el pasado, terminaremos repitiendo los mismos errores y seremos incapaces de motivar a ese pueblo que espera la hora de la gran redención nacional. Cuando hablamos de futuro tenemos que dejar muy claro que no estamos proponiendo un viaje al pasado, sino incitando a implementar el pensamiento martiano de una *Cuba con todos y para el bien de todos*.

RAFAEL DÍAZ-BALART: RACISMO, CLASISMO, POLÍTICA, INTELECTUALIDAD Y FIN DE LA REPÚBLICA

Armando de Armas

El exlíder de la mayoría en la Cámara de Representantes en la Cuba de los cincuenta, Rafael Díaz-Balart, pensaba junto al poeta Gastón Baquero que el racismo, el clasismo y el desprecio de la política en la sociedad isleña fueron los fundamentales males que condujeron al fin de la República.

Así, en el capítulo “Enero de 1959 y sus orígenes” de su libro *Cuba: Intrahistoria. Una lucha sin tregua* (Ediciones Universal, Miami, 2006), Díaz-Balart escribe que la situación:

“Antes de ese mes de enero de 1959 no era como se refleja en tantos libros y publicaciones, es decir, la de un dictador aferrado al poder sin intenciones de marcharse y un libertador que asumía el nuevo poder; Batista había anunciado que se iba de Cuba el 24 de febrero. Por otro lado, el expediente de Fidel Castro desde las aulas universitarias era conocido

lo suficientemente en Cuba, tanto como para que las clases dirigentes en los distintos sectores del país no se hubieran unido a la explosión de emociones a favor de un líder que desde su adolescencia había participado en actos de naturaleza gangsteril (...) Por cierto, es interesante que hasta que Fidel Castro fundó su movimiento político y le puso el nombre 26 de Julio, en Cuba solamente había un movimiento que tenía como nombre una fecha: el 4 de Septiembre. Todos los demás movimientos y partidos políticos recibieron como nombre títulos otorgados por sus líderes; así los partidos políticos, Liberal, Conservador, Demócrata, Auténtico, Ortodoxo, etc. y los movimientos Joven Cuba, ABC, ABC Radical, etc. Ese hecho, el de imitar a Batista, calificando a su movimiento con una fecha, 26 de Julio, igual que el 4 de Septiembre, revela una admiración o envidia que el líder del 26 de Julio siempre le tuvo al líder del 4 de Septiembre (...) Castro hubiera dado cualquier cosa por poder decir que su padre había sido miembro del Ejército Mambí y se avergonzaba de que, por el contrario, había sido su padre un soldado del carnicero español Valeriano Weyler. Castro hubiera dado cualquier cosa por poder decir que había nacido en un bohío con piso de tierra, paredes de yagua y techo de guano, pero el que nació en un bohío así fue Fulgencio Batista y no Fidel Castro”.

Rafael cultivó la amistad de destacados escritores e intelectuales cubanos de su tiempo, como Joaquín Martínez Sáenz, Domingo Gómez Giméranes y el mencionado Gastón Baquero; además de poseer visión, intuición, olfato o especie de

don de la profecía del devenir político nacional, precisamente en una época en que la mayoría de los intelectuales venera a esos gurús del pensamiento errado, y por lo mismo inútil, de la índole de un Carlos Marx o un Jean Paul Sartre.

Don que lo llevaría a pronunciar su antológico discurso, en mayo de 1955, ante la Cámara de Representantes de Cuba en contra de la ley de amnistía a Fidel Castro y demás asaltantes del Cuartel Moncada, y en el que dijo: “Ellos no quieren paz. No quieren solución nacional de tipo alguno. Fidel Castro y su grupo solo quieren una cosa: el poder, pero el poder total, que les permita destruir definitivamente todo vestigio de Constitución y de ley en Cuba, para instaurar la más cruel, la más bárbara tiranía, una tiranía que enseñaría al pueblo el verdadero significado de lo que es la tiranía, un régimen totalitario, inescrupuloso, ladrón y asesino que sería muy difícil de derrocar por lo menos en 20 años”.

Si Rafael Díaz-Balart no hubiese hecho otra cosa en su vida que pronunciar estas palabras, ellas serían suficientes para que pasara a la historia del pensamiento político isleño como el hombre que tuvo *ojos para ver* y valor para prevenir, en un país con una intelectualidad que durante el siglo pasado, con las excepciones de rigor, ha sido ciega o ha sido cobarde.

Se pudiera argumentar, en pose académica, que el pronóstico político anterior fue obra de la casualidad o la improvisación, pero en el discurso de despedida de la graduación del Colegio Presbiteriano “La Progresiva” en 1944, un jovencísimo Díaz-Balart aseguraba que ... “fuertes y numerosas son las corrientes

que pretenden arrastrar a la juventud y a Cuba entera a un desastre seguro”, pues...” en el ambiente de la juventud cubana campear yugos que esclavizan y que constituyen una amenaza porque” (...) saben ocultar hábilmente su bastarda condición”.

Pero nada de lo anterior sirvió para que se le considerase un intelectual, y es que en el ámbito nacional cubano sucede la mayoría de las veces que en las personalidades con capacidades políticas e intelectuales lo político termina por oscurecer o desvanecer lo intelectual. Es lo que le ocurrió al escritor Alfredo Zayas, recordado solo como presidente de la nación. Es lo que le ocurrió al escritor y renovador de la Lengua Española de su tiempo José Martí, recordado fundamentalmente como el hombre-nación.

Pero no se piense que ello es consecuencia de que el ser nacional privilegie la política sobre la literatura, nada de eso, es algo un poco más complicado: desprecia la literatura como ejercicio baladí y despotrica contra la política como ejercicio de enriquecimiento; los intelectuales serían tontos y los políticos pillos y, claro, entre el pillo y el tonto, escoge al pillo, para adularle y zaherirle, para descargo y justificación de sus fracasos y frustraciones.

Baquero escribió, en un artículo inserto por Díaz-Balart en las mencionadas memorias, que el político cubano a la vieja usanza fue pararrayos de todos los dicitos e incomprensiones y que entre “todos nos encargamos, en la República, de maltratarlo, de escarnecerlo, y de presentarlo como un ser nocivo para la sociedad. Pretendíase que todos los males

de Cuba Republicana provenían de la mala calidad, moral e intelectual, de los políticos”.

Años después Castro repetiría las mismas preguntas en Cuba. En la corta vida republicana la sociedad isleña había sido moldeada por la prensa y la intelectualidad (¿o fue al revés?) en una suerte de revolucionarismo gritón, demagógico y facilón, de buen ver y mejor vestir, en contra de la política y los políticos. Castro se aprovechó de ello para declarar la muerte de la política y los políticos, para implantar su Política y sembrarse como Único Político bajo el aplauso, ¡faltaba más!, de la sociedad, la prensa y la intelectualidad que ahora, ¡un solo puño!, apoyaban el Vicio Absoluto del Dictador Absoluto con la misma fiereza que antes mostraban en el ataque de los pequeños vicios, los pecados venales, y hasta los banales, de sus odiados hombres públicos.

De *Cuba: Intrahistoria. Una lucha sin tregua*, emerge la desalada visión de un pueblo que por no saber o no querer pactar con su sombra, fue devorado por las penumbras; una sociedad enferma de revolucionarios cabales que un día amanecieron domeñados, sodomizados más bien, por el más cabal de todos los revolucionarios hasta el momento padecidos; ese que Rafael Díaz-Balart había visto venir como la zorra en pos del gallinero. Una sociedad que, al menos desde la primera mitad del siglo XIX, comienza a padecer la falta de una elite intelectual que discurriera por los cauces del pensamiento de la derecha liberal; una derecha que hiciera el adecuado contrapeso

de la balanza en el negociado nacional de las ideas, cada vez más peligrosamente escorado a la izquierda, y tanto, que se hundió.

El pensamiento de Rafael Díaz-Balart, expuesto en el citado libro, es un derrotero útil para mediante la intrahistoria acercarnos a la historia, para desde lo vivencial personal aproximarnos a lo vivencial colectivo, para el rescate de la memoria histórica vía la memoria del sujeto.

Un pensamiento que viene a realizar un significativo aporte a la historiografía cubana desde un ángulo desacostumbrado; un ángulo con el que se puede estar o no de acuerdo, pero un ángulo en definitiva que con demasiada frecuencia ha sido obviado por las conveniencias o los apasionamientos al uso y al abuso.

Un pensamiento que debería hacernos meditar acerca de lo que nos ocurrió como nación, escudriñar en aquellos factores causales que nos llevaron a perder la República y a precipitarnos, mansos como carneros, por los escabrosos desfiladeros del totalitarismo marxista. Y, sobre todo, debería dotarnos con un poco de sensatez en la aventura de esa nueva República que ineluctablemente se nos viene encima.

UNA OBRA DE AMOR

Orlando Fondevila

En el mismo frontispicio de su Programa, La Rosa Blanca afirma lapidariamente que “La reconstrucción de nuestra patria será una obra de amor, o no será, dentro del marco estricto de un Estado de Derecho, con el claro objetivo de erradicar definitivamente el odio entre cubanos”. Justamente en esas dos ideas, el amor y la justicia —frente a tendencias como el racismo y el clasismo—, se fundamenta todo el pensamiento político, social y económico de La Rosa Blanca, de acuerdo con los principios y acendradas convicciones de su fundador e inspirador, Rafael Díaz-Balart. Rafael insistía en el hecho de que el énfasis en esa doctrina de amor había sido proclamada, precisamente, en el momento en que se desataba la más virulenta represión contra aquellos que avizoraban —no muchos entonces— el desastre y el horror que ya estaban en marcha.

Esta doctrina de amor y justicia, inscrita en el propio nombre de la organización, La Rosa Blanca, y su incuestionable filiación martiana, se ha visto ratificada en la reciente creación

del Instituto La Rosa Blanca, impulsada por Lincoln Díaz-Balart con el objetivo de ofrecer una continuidad a la primera organización anticastrista surgida el 28 de enero de 1959. El Instituto viene a adaptarse a las circunstancias actuales, con su Programa como bandera, hasta que en el inevitable escenario de cambio en nuestra patria se constituya en partido político. La doctrina de amor y de justicia continúa siendo, como no podía ser de otra manera, la columna vertebral de la organización. En frente, la permanente e inalterable prédica y acción de odio de la tiranía de los Castro. Aquellos, los mismos que fusilaban, robaban y perseguían desde el primer día de su arribo al poder, como piratas y corsarios disfrazados de guerrilleros por la libertad, son los mismos que hoy encarcelan, reprimen y esclavizan a todo un pueblo. Los mismos que sembraron el odio en la familia cubana, son quienes hoy continúan instigando el odio a los verdaderos patriotas, aunque se enmascaren de mansas palomitas. Nada ha cambiado sustancialmente en estos 56 años, salvo la adecuación de las máscaras a las circunstancias sobrevenidas. El fracaso insuperable de la tiranía le obliga a la afebrada y permanente sustitución de máscaras en un enloquecido intento de sobrevivir (precisamente una de sus máscaras es la de una igualdad racial inexistente, porque en la práctica la dirigencia y sus instituciones funcionan racista y discriminatoriamente). No puede haber engaño. El camaleón podrá cambiar de color para enmascararse ante el peligro, pero su naturaleza permanecerá inalterable.

Resulta clarificador que la tiranía cubana muestre, sobre todo en los últimos tiempos, una especial saña hacia La Rosa Blanca, acusándola de las más horribles actuaciones e intenciones. ¿A qué temen los corifeos del castrato? Temen a la probada firmeza de la que ha hecho gala La Rosa Blanca desde su fundación, en los mismo días en que se desataba el horror. Firmeza en su doctrina de amor y de justicia. Y firmeza en su enfrentamiento a la tiranía, sin concesiones ni confusiones. Porque como nos enseñó Rafael, esta doctrina es “bien pensada y profundamente sentida” aunque, por supuesto no seamos “hermanitas de la caridad”. Lo primero es la libertad, y a partir de ahí, el abrazo entre cubanos, el establecimiento de un Estado de Derecho. “Aquellos —decía Rafael— que hayan cometido delitos, tendrán que responder ante tribunales imparciales, con todas las garantías procesales”. “Lo que no queremos —insistía— es que se establezca un sistema nuevo de barbarie...En fin, una democracia, con un Parlamento libre, con pluralismo político, con la legalización de todos los partidos políticos que acepten el juego democrático”.

La tiranía, y también los pusilánimes de toda laya, no quieren que los cubanos conozcan qué es La Rosa Blanca, cuál es su Programa. Y no lo quieren porque en una verdadera lucha de ideas serían derrotados. La luz de la Verdad, del Amor y de la Justicia de La Rosa Blanca, el auténtico programa de libertad, fraternidad y prosperidad para Cuba de La Rosa Blanca, triunfará. No hay alternativa.

LA TRADICIÓN AUTONOMISTA EN CUBA

Lincoln Díaz-Balart

Unas semanas antes del dejar el Congreso de Estados Unidos, en diciembre de 2010, trasladándome desde el Capitolio en Washington a una reunión en un edificio cercano, pasé por una placa conmemorativa en un parque junto al Capitolio que informa al transeúnte que esa tierra fue propiedad del General George Washington, primer presidente de Estados Unidos. Al leer la placa, pensé en lo justo que es el hecho de que el General Washington sea recordado en la historia como el hombre indispensable de la independencia y el honesto y gran primer presidente de la República. Cualquier error que cometió Washington, cualquier exceso que tuvo, justa y apropiadamente es considerado muy inferior en importancia a los muchos aciertos que lo caracterizaron.

Entonces pensé en la historia de Cuba y en la forma tan negativa en que han sido tratados los hombres públicos cubanos, desde los fundadores de la República tras lanzarse a la manigua a pelear por la independencia en el siglo XIX,

hasta que colapsó la República el 31 de diciembre de 1958. Incesantes han sido, e incesantes continúan siendo, los análisis y comentarios condenando a los hombres públicos cubanos. Los culpables fueron ellos, según la tesis incesante, debido a la corrupción que los caracterizó, por el fin de la República y la llegada al poder de la auto llamada “revolución” de Castro en 1959 y el regocijo popular que produjo ese hecho trágico.

El contraste entre la forma en que Washington y los otros fundadores de Estados Unidos han sido tratados por la historia, y como han sido tratados los hombres públicos, los políticos, de la República cubana, es demasiado dramático para dejar de mencionar una de las más importantes diferencias entre las historias de las dos naciones.

En el caso de Estados Unidos, desde el primer día mismo de la independencia, los que escribieron la historia (y el acontecer cotidiano en los periódicos, que se va convirtiendo en la historia) fueron, precisamente, como Benjamín Franklin con su importante periódico en Filadelfia, el *Pennsylvania Gazette*, los padres de la patria, los fundadores de la nación. Thomas Jefferson donó su gran biblioteca personal para comenzar la biblioteca del Congreso de Estados Unidos y fundó la prestigiosa Universidad de Virginia tras dejar la presidencia. Los padres de la patria, en fin, pudieron “hacer patria” hasta los últimos días de sus vidas. Y pudieron crear, pudieron encaminar, el rumbo de la historia escrita de sus hazañas, desde importantes y merecidas posiciones en los periódicos, en universidades y en sus autobiografías y otros libros de historia.

En Cuba, a los pocos padres de la patria que poseían capitales, se les confiscaron sus bienes, la totalidad de sus patrimonios, por el gobierno colonial español en los comienzos de la guerra de independencia en 1868. Fueron llevados a la destrucción económica absoluta, además de la física, Carlos Manuel de Céspedes, Ignacio Agramonte, Francisco Vicente Aguilera, todos y cada uno de ellos. Aguilera, al morir exiliado en la ciudad de Nueva York, tuvo que ser enterrado como indigente por el municipio. Los que publicaban periódicos y escribían libros en Cuba, apoyaban la continuación del régimen colonial y atacaban ferozmente a los independentistas. Y entre los más cultos y preparados hombres de poder económico y de cultura, que atacaban a los independentistas, estaban los autonomistas, como Rafael Montoro y José María Galves, ambos integrantes importantes del último gobierno colonial español que hubo en Cuba, en 1898.

Galves, Montoro y los demás autonomistas temieron que perderían toda su influencia tras la intervención americana en 1898, y más tarde en la República. Pero la realidad fue que nunca, ni ellos ni una parte importante de la esencia de su pensamiento, han perdido influencia. Desde el primer gobierno de la República, el de Tomas Estrada Palma, tuvieron prominencia, y en los medios de comunicación y los “círculos pensantes”, mantuvieron un poder extraordinario —y esa realidad tuvo un efecto corrosivo y destructivo sobre la República y sus instituciones.

En los “círculos pensantes”, ya Jorge Mañach en su *Crisis de la alta cultura en Cuba*, en 1925, atacaba a la República a solo 23 años de su comienzo:

“Nuestra política —lo que, rebajando el noble concepto aristotélico llamamos “política”— no es más que un engranaje de atenciones y de intenciones menudas, cotidianas e inmediatas, sin vuelos poderosos ni levantadas vislumbres que aspiren a ampliar los horizontes de nuestro prestigio... Así se explica que no hayamos hecho tan solo el intento de emular al Uruguay —república casi tan pequeña como la nuestra— en sus admirables avances dentro de la legislación industrial y social, ni a la Argentina en su política (*racista, nota de LDB*) de inmigración —así se comprende también que permanezcan sin resolver, con los problemas actualísimos de la nación: el analfabetismo, la subordinación económica, la corrupción administrativa”.

Para los formadores de opinión pública (por poseer la capacidad de expresar la opinión publicada) en poderosísimas revistas como *Carteles* o *Bohemia*, para los “círculos pensantes” cubanos, los hombres públicos de la República no podían hacer nada bien. No importaba que los derechos laborales cubanos llegaran a estar más avanzados en la República, en casi todos los aspectos, que incluso los que hoy existen en Estados Unidos. No importaba que en el campo de la educación el índice de alfabetización de la Isla estuviera entre los más altos de Latinoamérica, ni que en el tema de la salud pública Cuba

llegara a estar entre los países más avanzados del hemisferio. No importaba que, en 1957, más cubanos visitaran como turistas a Estados Unidos que estadounidenses a Cuba... no, los hombres públicos de la República no podían hacer nada bien. Para las “clases pensantes” todo era corrupción administrativa y mediocridad.

Mientras a los herederos de los padres de la patria nunca se les devolvieron sus bienes y propiedades en Cuba, a los autonomistas y a los otros que tanto habían luchado contra la independencia (y sus herederos) se les protegieron sus intereses económicos por el Tratado de París entre Estados Unidos y España en 1898. Y esos sectores de la sociedad cubana con poder económico continuaron, ya en la República, la “tradición autonomista” de denigración, menosprecio y ridículo constante contra los hombres públicos cubanos y, en efecto, contra la propia República.

La “tradición autonomista”, la denigración constante, logró ocultar las realidades positivas y los admirables logros sociales obtenidos en la etapa republicana, debilitó a las instituciones y, en definitiva, destruyó a la República. La “tradición autonomista” preparó el camino para que pudiera recibir el poder total en enero de 1959, con el respaldo absoluto de las clases pudientes y “pensantes”, el hijo de un soldado español de Valeriano Weyler, cuya larga tiranía ha constituido la revancha histórica del propio Weyler, Cánovas del Castillo y el colonialismo español. La “tradición autonomista” continúa manifestándose hasta nuestros días. La tiranía de Castro la

propaga a toda voz en su esfuerzo diario por asesinar el acervo histórico y cultural de la nación cubana y para demostrar que lo que ha destruido valía la pena destruirlo. Otros, más o menos mal orientados, mal intencionados o ambas cosas, parecen haberse creído su dañina y falsa leyenda. Contra todos los que, hasta hoy, mantienen viva la “tradicción autonomista”, hay que rescatar la memoria histórica, defendiéndola y difundiéndola, para que los cubanos puedan enterarse libremente de la verdad. Y para proteger a la nueva República que se acerca.

EL MONOPOLIO CULTURAL IBÉRICO

Juan F. Benemelis

El concepto de cubanidad surgió de la hispanidad, independizándose lentamente de la matriz cultural. Por eso, el “espíritu de la nación española”, es decir, su cultura, servirá, por una parte, para unir desde su amparo la cultura de la nueva nación, y por otra, para mantener la pureza de esa cultura, de esa “comunidad de intereses espirituales”, pues no permitirá que se introduzcan tendencias o prácticas que le resulten extrañas o extranjeras. Las mantendrá bien aisladas, defendiendo el coro central de la cultura blanca como frontera.

Al fomentar los flujos migratorios ibéricos, cristalizaba la posición europeizante de los sectores dominantes, la difusión del mito del crisol de razas (pero sobre bases xenófobas) de una Cuba caracterizada oficialmente por la ausencia de discriminación, que buscaba borrar de la memoria histórica a los afrodescendientes y encubrir la realidad de la dominación. Como bien ha señalado Rafael Díaz-Balart, se trata de “las claves ignoradas de nuestra historia nacional”.

Al ser la literatura el centro gestor del proceso de una llamada “cubanidad” abrazada posteriormente, queda el nacionalismo castrado de su parte antillana por un proceso de monopolio ibérico. En ella, la multiculturalidad no se halla caracterizada ni logra su independencia de los faldones de la identidad española; así, por ejemplo, la aceptación de la santería se tiene solo como fenómeno marginal de la sociedad; tal fue el caso de Alejo Carpentier, el cual no englobó todas las aristas étnicas de la nación. Para un José Lezama Lima, la cubanidad estuvo definida por el castellano y la tradición española, a lo que no incorpora la influencia afrodescendiente.

Las formas y estilos literarios procedentes de España pasaron a ser las expresiones de la identidad nacional. La literatura cubana, por tanto, se inscribiría en una situación de enunciación o de coexistencia de un universo simbólico del poder-blanco, de la construcción de un contexto mono-representativo.

El peso cultural y demográfico de la población negra y mulata durante todo el siglo XX llevó a que se tuviesen que admitir muchas de sus contribuciones culturales como “cubanas”, de ahí la música. Lo africano se sostenía con ahínco; por ello la cumbia, la rumba y el guaguancó se transformaron inicialmente en vehículos expresivos exclusivos de los negros, conformadores de una individualidad que pedía musicalmente la equidad. Aunque encerrados a explorar solamente lo social y cultural, los escritores afrocubanos lograron espacios en la

arena central como autores, sujetos, héroes culturales y como componentes esenciales de la nueva cultura mundial.

Para el autor afrocubano (Gustavo Urrutia, Rómulo Lachatañeré, Ramón Vasconcelos, Gastón Baquero...) su texto se halla en un medio inestable, en el cual la jerarquía blanco-poder es fluctuante y mal aceptada ante un público heterogéneo que espera una escena literaria blanco-occidental.

La cultura cubana oficial no se relaciona con las élites de la diáspora africana en el Nuevo Mundo, no se siente caribeña, sino hispanoamericana. La autobiografía republicana no recoge al L'Enfant noir que pretende autorar la sociedad tradicional marginada; de ahí el rechazo visceral al documental P-M y la censura castrista. La generación posterior a 1933 se afana en evocar entonces las alegorías nacionales (Martí, Mañach, Carpentier, Lezama) con su doble connotación autóctona y europea, en las cuales deberán fijarse los recitadores, pero no a modo de ósmosis de una tierra pluri-tradicional, sino de una consideración piramidal, en la cual la originalidad eurocéntrica que define la nación se halla en la cúspide. Mientras los cuentos infantiles centro-europeos conformaban el entorno educativo infantil, los *Cuentos Negros* de Lydia Cabrera, por ejemplo, permanecían entre las rarezas etnológicas, y las canciones y poesías de origen yoruba en Cuba, recogidas por Martínez Furé, permanecen en una gaveta.

El vascongado Miguel de Unamuno guardaba razón cuando aclaraba que el Ariel resultaba un “latinismo galicista de hispanismo”, y por eso atacó ferozmente al término

“latinoamericano”. Los “calibanes” no se transformaron en “aríeles”, y muchos de los propulsores “arielistas” mostraron sus entrañas racistas. A pesar de Rodó, el “ariélismo” no se transformó en la doctrina capaz de solucionar la marginación del afrodescendiente. Todo lo contrario, levantó el legado espiritual transmitido por la “Madre Patria” y presentó a los Estados Unidos como el anti-modelo, la “anti-Europa”. Los nuevos intelectuales harían la crítica al “olvido” imperdonable en que se podía caer de renunciarse a los bienes espirituales del latinismo.

Retamar califica al africano esclavo que arriba a Cuba como “el otro indígena”; desconoce que el imperio Yoruba, el cual resiste fácilmente la comparación con el Azteca, con un arte refinado, con una religión altamente estructurada que traza su genealogía con el Alto Egipto, con ciudades que excedían en tamaño a las europeas, había sido desbaratado por una guerra santa islámica, a manos del fulbé Usmán dan Fodio, y que su clase noble, sus guerreros, sus artesanos, sus administradores, eran vendidos al mejor cotizado mercado de esclavos, el cubano, mientras el comunero se destinaba a mercados secundarios como Brasil.

Considerar la herencia literaria cubana solo un desprendimiento de la literatura española, con algunos destellos canarios, es desconocer la influencia y la estatura de la tradición oral que, junto a las religiones, arribó a nuestras costas con los esclavos africanos: canciones, poemas, pensamientos, cuentos, mitologías y expresiones que forman parte del acervo aportado

a través de las manifestaciones, como ya en su momento señalaron los etnógrafos afrocubanos Lachatañeré y Martínez Furé.

La situación periférica de la cultura “cubana” se reporta a las instituciones literarias que han impuesto un discurso teórico sobre la creación; una lengua de imágenes importada destinada a orientar cuáles son los marcos de la literatura y cuál es la medida del mundo, el concepto y los valores que afirman la superioridad omni-lateral de la occidental sobre la “folclórica” matriz africana.

El concepto de cultura cubana es vago ya que no deplora el fenómeno de marginación que afecta al conjunto de los afrocubanos. Para existir, una cultura integral tiene necesidad de ser reconocida por aquellos de quienes habla y a los que se dirige. Por eso es importante la imagen que de sí misma da la cultura oficial cubana en el extranjero, a través de los fenómenos de recepción, difusión, éxito y fortuna. A un siglo más o menos de la colonización, ya es necesario rebasar el campo definitorio euro-ibérico con enfoques más conceptuales y centrados en mayor medida en una nación multiétnica y multicultural, reivindicando su herencia africana.

El discurso oficial, republicano y revolucionario, se ha vanagloriado de haber “homologado” la cultura africana con la post-hispana. Pero ello es una falacia. Al no disponer de una propia cultura, sino ser dependientes de lo euro-ibérico, la élite cultural usurpó y desfiguró los contenidos de los símbolos afrodescendientes, incorporando como “cubanos” a algunos,

orgánicamente a su juego de poder, y descontextualizando a otros en la categoría de “folclóricos”. Uno de los ejemplos es la obra teatral *Santa Camila de La Habana Vieja* de José R. Brene, por medio de la cual se trata de infamar a la santería.

El discurso cubano durante la colonia envolvió la indeterminación entre raza y etnia, desde José Antonio Saco hasta Martí, pasando por los maestros de la oratoria Antonio Zambrana y Rafael Montoro, confusión que aún se arrastra. Cuando ellos entronizaron la supuesta “ideología mestiza”, cada uno con su estilo, en este colonialismo estético siempre la efigie del blanco resultaba el modelo y a su vez el paradigma de la cultura dominante.

La vida literaria en Cuba no ha sido un bloque, pues una fracción de ella lejos de estar ligada a la historia política de la nación ha sido su víctima, y no ha podido insuflar destino histórico, salvo el de sub-mundo, a lo afrocubano. Pero la expresión colectiva a que se refieren el decimista Roberto Fernández Retamar y el poeta dominicano Pedro Enríquez Ureña solo ha logrado la consolidación de lo perseguido (la identificación nacional), a la parte de la población, la blanca, cuyo destino histórico se concretó en la política, la economía y la sociedad.

Pero, discrepando de Retamar, el nacionalismo en la literatura afro-cubana, más que un fenómeno político no es extraño a la concepción estética, pues allí está contenida la nación excluida de lo cubano (no la de Martí del cubano más

que negro, sino la defendida por Antonio Maceo en los Mangos de Baraguá), con sus juicios religiosos, morales y estéticos.

Está el ejemplo de la contribución de “los libertos” al periodismo y a la cultura. De las tres plumas periodísticas más destacadas del siglo XIX, José Martí, Martín Morúa Delgado y Juan Gualberto Gómez, dos de ellos son afrocubanos; *Sofía*, del afro-mulato Morúa y no *Cecilia Valdés*, del blanco Cirilo Villaverde, es la novela cumbre del siglo XIX en la temática de la discriminación racial en la sociedad colonial.

Gran parte de la literatura “clásica” del siglo XX cubano, de los blancos, es un desprendimiento de la literatura española; hay muy poco de propio en ella. Tanto Jorge Mañach, un repetidor del pensador español José Ortega y Gasset, como el pomposo Juan Marinello, poco produjeron en el orden del ensayo. La sociedad secreta “nacional-socialista” ABC, cuyos ideólogos eran precisamente Mañach y Francisco Ichaso, estaba convencida de que el apoyo de la población negra y mulata al presidente Gerardo Machado impedía el cambio, y por eso emitió un comunicado en el cual decía: “¡Si te sobra comida dásela a un perro, pero no se la des a un negro!”.

Los letrados y políticos de la nación amurallada, inventada, salvo excepciones nunca han pretendido buscar cómo viven, hablan y piensan los que han estado por fuera, los excluidos. Las diferencias culturales son excluyentes por el dominio de un grupo sobre otros de culturas diferentes y anula los aportes históricos y culturales de los africanos y sus descendientes. En

esta cultura excluyente no se piensa el país real, sino que se consigna el país que conciben unos pocos como ideal.

Tres tipos de narrativas manifiestan esta consciente dimensión pragmática socio-lingüística de un pasado del cual solo subsisten fragmentos: (a) La reinterpretación de antiguas luchas y episodios que refuercen la preeminencia blanco-supremacista como autor de la nación. (b) La evocación colectiva e individual devenida en metáfora, de la comunión con la Europa clásica y neo-clásica. (c) La invisibilidad del desempeño preponderante del negro-mulato en el logro de la independencia.

Por ejemplo, a la poesía francófila de Heberto Padilla, igualmente de musa colonial, nos es dable anteponer el mensaje nostálgico yoruba-malinké de un Martínez Furé; poética cuya prioridad es el proceso de legitimación. La negritud, cuyos únicos exponentes en el caso cubano han sido y son precisamente Tomás González, uno de los dramaturgos cubanos más prolífico, Eugenio Hernández Espinosa y Furé, no pueden sufrir de tal ambigüedad, sino que encarnan la defensa de los valores negros, la recuperación de la esencia africana mutilada por lo eurófilo.

En Furé resurge el grito africano de Sembène Ousmane o Mongo Beti; es el quimboiseur antillano; es el recurso de una lengua oral no ficticia, es la creación de una inter-lengua de fundamento que confronta la tutela de la visión colonial, que se interpone al intelectual colonizado por la cultura blanca, que está alimentado de una psicología de dominador, de una supuesta susceptibilidad excepcional. De ahí se explica con todo

detalle ese estilo del intelectual colonizado. En el dramaturgo Hernández Espinosa se reedita el giro poético que un Thomas Mofolo consagró en Chaka. Hernández Espinosa marca un corte real en la dramaturgia isleña y es el autor que nos reúne con Aimée Césaire.

En la literatura cubana se reporta la vocalidad frecuentemente legada como precursora en la obra; así, *Aire frío* de Virgilio Piñera asume el modelo del mismo personaje creador, y nos revela un significado formal, pero cuya temática es el detalle de la globalidad de la historia como un imposible de resumir: la indiferencia y el corte cristiano de la cronología vida-muerte, algo que sin embargo es lo reverso en la cultura de raíz africana, en la cual la presencia es sagrada por ser la correspondencia entre los mundos visibles e invisibles, entre los vivos y los muertos, entre los orishas con sus hijos.

Una de las características del discurso racial no es simplemente si naturaliza o culturaliza, sino si permite la confusión estratégica entre naturaleza y cultura. Por ello, concluye que ambos racismos (biologicista y culturalista) llevan consigo la naturalización de la cultura y la culturalización de la naturaleza, y a través de esta dinámica se oscurece lo que se muestra como cultura o naturaleza, y posibilita la mezcla y la confusión.

La psicología existente en la sociedad yoruba de Nigeria, por ejemplo, ha sido conservada en la conciencia colectiva de la mayoría afrodescendiente en Cuba. En ambas orillas, el aconsejar o criticar crudamente no es bien visto y se recomienda

sagacidad a la hora de corregir los usos y costumbres, por eso los consejos son enigmáticos y los proverbios se usan como instrumentos educativos.

La diferencia cultural está dada en la noción africana del tiempo en términos circulares, que se refleja en toda la psiquis cubana, diferente de la española, así como también la creencia en la simultaneidad de todos los momentos históricos (que le permite vivir sincrónicamente en la supervivencia marginal y en una realización personal, como antes lo hizo cuando era esclavo) que es algo ausente en la esencia europea; es el muntu de la filosofía africana, el soliloquio optimista del Yorubá tradicional que recorre como un huracán la Isla, en contraposición a la gravedad pesimista del ibérico que no permite realizarnos como nación.

Nuestra versión de lo que Robert Hughes llama “la cultura de la queja” ha vuelto herético cualquier intento por jerarquizar la tradición. A cambio, tenemos numerosos estudios sobre la cultura cubana que nunca olvidan mencionar la importancia del “componente negro”... antes de hundirlo en las arenas cenagosas de una cultura mestiza.

Esta indiferencia al señalar lo africano de nuestra cultura, suele aparecer como indicador de cuán exitosa fue la integración (subordinación) a partir del credo martiano y marxista, que han consolidado la ideología del “crisol de razas”. En este contexto lo afrodescendiente ocupa el olvido ante el corte entre la realidad y el discurso. Los mecanismos de construcción del estereotipo del negro contribuyen a la folclorización de su figura a través de

la selección, el congelamiento y la ridiculización de algunos de sus rasgos. En ella el negro solo ingresará a partir de un ejercicio de invisibilización que finalmente lo hará desaparecer.

Al no encajar en el molde americanista, el afrocubano aún arrastra la vergüenza racial (endo-racismo), pues la nación cubana no se ha definido con la inclusión equitativa del negro en todos los rangos del poder. La cultura cubana ha reflejado naturalmente las corrientes ideológicas en sus diferentes élites blancas, como espejo de una conciencia colectiva de supremacía.

El euro-cubano, heredero de los modelos occidentales, se resiste a la hibridez poscolonial abrazando la indeterminación genérica, con lo cual encuadra la autóctona tradición afrocubana, fundacional de la nación, a códigos folclóricos y manifestaciones rituales; esto le permite la seguridad sobre los espacios económicos, políticos y sociales. Por contra, como afirma Gastón Baquero, “tenemos que comenzar por reconstruir interiormente, dentro de cada uno de nosotros, la integridad psicológica, étnica, histórica, cultural, compuesta por las razas que enraizaron en Cuba”.

LAS CLAVES IGNORADAS DEL CASTRISMO

Armando Añel

“El cubano blanco no lo ha pensado nunca, ni en el fondo puede creerlo. Necesita no creerlo. Pero el comunista sabe que si él está en el Poder es porque Batista no quiso ser un soldado mulato, sino un caballero blanco, y porque la aristocracia cubana, la élite económica, blanca, naturalmente, quería a toda costa salir de Batista, y no por razones políticas, ni ideológicas, ni morales, ni filosóficas. Esa aristocracia veía en Batista a un negro”. La cita es de Gastón Baquero y resulta primordial para entender la realidad cubana del último medio siglo.

Aunque la insurrección castrista contra el régimen de Fulgencio Batista no careció de componentes discriminatorios —amplios segmentos de la burguesía blanca apoyaron al castrismo frente a lo que consideraban la injerencia negra en los asuntos de Estado representada por el taquígrafo mulato devenido general—, en 1959 el régimen triunfante se vendió a sí mismo como una suerte de valedor o promotor de la igualdad racial en Cuba. Desde el ascenso al parnaso totalitario

de Nicolás Guillén —el poeta negro reconvertido en Poeta Nacional— hasta la promoción mediática de figuras nacionales e internacionales de raza negra, eran varios los signos que coqueteaban con la imagen de una Cuba finalmente resuelta por la razón social del mestizaje. Parecía que el discurso de homogeneización racial del castrismo, paralelo y/o adscrito a su proyecto de homogeneización social, iba en serio, aguijoneado por la salida del país de las clases medias y profesionales — mayoritariamente blancas— y el gradual envejecimiento de los líderes históricos de la insurrección, predominantemente blancos. Y sin embargo, la puesta en escena de la igualdad racial no conseguiría salir en la foto más allá de algunas secuencias en las que el negro no acababa de aparecer en primer plano.

Porque, en realidad, la política castrista no es otra cosa que política fachada, del discurso por el discurso inspirado en el afán de poder. Como asegura también Baquero refiriéndose a Rafael Díaz-Balart en el prólogo que reproducimos al inicio de este libro, el verdadero político, o al menos el político valioso, “con su diálogo diario destruye las castas y reduce las diferencias de clase, promoviendo de manera muy real la fusión de los sectores sociales”. Y todo lo contrario ha hecho el castrismo durante más de medio siglo: entronizar la casta —racista y heredera de la farándula española—, aumentar las diferencias de clase y dividir no ya a los sectores sociales, sino a prácticamente todos los cubanos.

De manera que, a diferencia de los Estados Unidos, donde la población negra no supera el quince por ciento del

total —ocupando, no obstante, importantes posiciones en los órdenes gubernamental y político—, en Cuba la cuantía de este segmento poblacional no se corresponde con su representatividad. Frente al discurso castrista de la igualdad de razas y el hecho incontrovertible de la creciente preponderancia numérica de los afrodescendientes se alza la realidad de un país controlado por las elites blancas, las cuales aún disfrutaban de un protagonismo político, cultural y económico ni de lejos proporcional a su peso estadístico. Un fenómeno demostrativo de que el mal es de fondo y no se arregla con discursos. El clasismo, el sistema de castas que institucionalizó en la isla la España medieval, continúa feudalizando a los cubanos.

Tras más de cinco décadas de “revolución”, la realidad de la Cuba actual revela, con pelos y señales, el carácter esencialmente retórico del proyecto de equidad racial anunciado por el régimen de los Castro. El negro devino símbolo mediático de una liberación a la postre artificial, porque estaba y está basada en una asimilación institucional y social inexistente. La preponderancia blanca a escala cultural y política no puede ser negada en la Cuba del tercer milenio, y ello a pesar de que durante casi sesenta años de totalitarismo la composición racial del país ha variado sustancialmente, inclinando la balanza numérica hacia negros y mestizos. Y es que, como afirma Rafael Díaz-Balart en la primera parte de este libro, “las raíces clasistas (como también racistas) constituyen realmente las claves ignoradas de nuestra historia nacional”. Y del castrismo en particular, agregaría yo.

Algunos títulos de Neo Club Ediciones

La penumbra de Dios (Colección Ensayo) Manuel Gayol Mecías	El verano en que Dios dormía (Colección Narrativa) Ángel Santiesteban Prats
Jerónimo Esteve-Abril, apuntes y testimonios (Colección Triunfadores) Armando Añel	Siete historias habaneras (Colección Narrativa) Augusto Gómez Consuegra
Mi tiempo (Colección Triunfadores) Humberto Esteve	La chica de nombre eslavo (Colección Narrativa) Roberto Quiñones Haces
Para dar de comer al perro de pelea (Colección Poesía) Luis Felipe Rojas	Café sin Heydi frente al mar (Colección Poesía) Víctor Manuel Domínguez
El salto interior (Colección Ensayo) Ángel Velázquez Callejas	Toca al corazón que late (Colección Poesía) Nilo Julián González Preval
Anábasis del instante (Colección Poesía) Tony Cuartas	Donde crece el vacío (Colección Narrativa) Ernesto Olivera Castro
Hábitat (Colección Poesía) Joaquín Gálvez	121 lecturas (Colección Crítica) José Abreu Felipe
Café amargo (Colección Poesía) Rafael Vilches	Hacia los negros en Cuba (Colección Ensayo) Maybell Padilla y Víctor Betancourt

Crónicas de guayaba y queso
(Colección Testimonio)
Belkis Perea

Gastón Baquero y
Rafael Díaz-Balart.
Sobre racismo y clasismo en Cuba
(Colección Ensayo)
Compilación

Así lo quiso Dios y otros relatos
(Colección Narrativa)
Orlando Freire

El libro de La Habana
(Colección Narrativa)
Juan González-Febles

Los tigres de Dire Dawa
(Colección Narrativa)
Luis Cino

Historias de depiladoras y
batidoras americanas
(Colección Testimonio)
Jorge Ignacio Pérez

Cuba: Claves para una
conciencia en crisis
(Colección Ensayo)
Carlos Alberto Montaner

Isla interior
(Colección Testimonio)
Yoaxis Marcheco

El abismo por dentro
(Colección Narrativa)
Guillermo Fariñas

Logos y axiomas
(Colección Ensayo)
Juan F. Benemelis

Los hombres sabios
(Colección Poesía)
Rafael Piñeiro

En Blanco y Trocadero
(Colección Narrativa)
Nicolás Abreu Felipe

Quemar las naves
(Colección Poesía)
Jorge Olivera

La fiesta de Florinda y otros relatos
(Colección Narrativa)
Rebeca Ulloa, Usamat Hamud
y Lourdes Cañellas

Mi vida junto a Margo
(Colección Triunfadores)
Claudio Ramos Iraola

Proscripción
(Colección Narrativa)
Topacio Azul

Yo Augusto
(Colección Poesía)
Augusto Lemus

El tigre negro
(Colección Narrativa)
José Hugo Fernández

Ciudad imposible
(Colección Poesía)
Ileana Álvarez

Guetto
(Colección Poesía)
José Alberto Velázquez

Cómo matar a un toro
y otros cuentos
(Colección Narrativa)
Luis Jiménez Hernández

Los naipes en el espejo
(Colección Ensayo)
Armando de Armas

Serio divertimento
(Colección Poesía)
Denis Fortún

Llamadme libertad
(Colección Poesía)
Francis Sánchez

Arar la sombra
(Colección Poesía)
Sussette Cordero

Estos silencios. Estas palabras
(Colección Crítica)
Luis Pérez de Castro

La muerte del gato y otros cuentos
(Colección Narrativa)
Lilo Vilaplana

Fe de erratas
(Colección Poesía)
Roberto Estévez Guerrero

Confesiones eróticas de la tía Nora
(Colección Narrativa)
Pedro Armando Junco

Los pianos son muy caros
(Colección Poesía)
Doribal Enríquez

El soberano es el ciudadano
(Colección Ensayo)
Faisel Iglesias

Entre la piel y el tiempo

(Colección Poesía)

Lourdes Cañellas

Cubano confesante

(Colección Testimonio)

Mario Félix Leonart

Pa' Cuba ni muerto

(Colección Testimonio)

Norge Sánchez

Mundos parelos y otros cuentos

(Colección Narrativa)

Gisela Lovio

Habana Babilonia

(Colección Testimonio)

Amir Valle

La presente selección de ensayos y artículos, centrados en el problema clave del racismo y el clasismo, gira alrededor de dos personalidades fundamentales en la historia de Cuba: Rafael Díaz-Balart y Gastón Baquero. Contiene reflexiones del propio Rafael y de Lincoln Díaz-Balart, Juan F. Benemelis, Armando de Armas, Orlando Fondevila y Armando Añel. La intención no por obvia nos parece menos necesaria: Denunciar y situar en el centro del debate sociopolítico la cuestión medular del racismo y el clasismo, elementos que se cuentan entre los principales causantes del desastre sufrido por Cuba a partir de 1959, y que llega hasta nuestros días.

Gastón Baquero y Rafael Díaz-Balart. Sobre racismo y clasismo en Cuba constituye un libro imprescindible para las nuevas generaciones de cubanos que han crecido en una Isla donde impera la censura más feroz y abarcadora, o incluso lejos de ella. Esta selección apunta al corazón del problema cubano, latente bajo el camuflaje con que la retórica y la desinformación totalitarias, más los prejuicios de un clasismo racista, han pretendido ocultarlo o relativizarlo. Es preciso reconocer las causas del problema, debatirlas en alta voz, para darle solución al problema, y eso lo tenían muy claro los dos grandes hombres que homenajea este libro.